

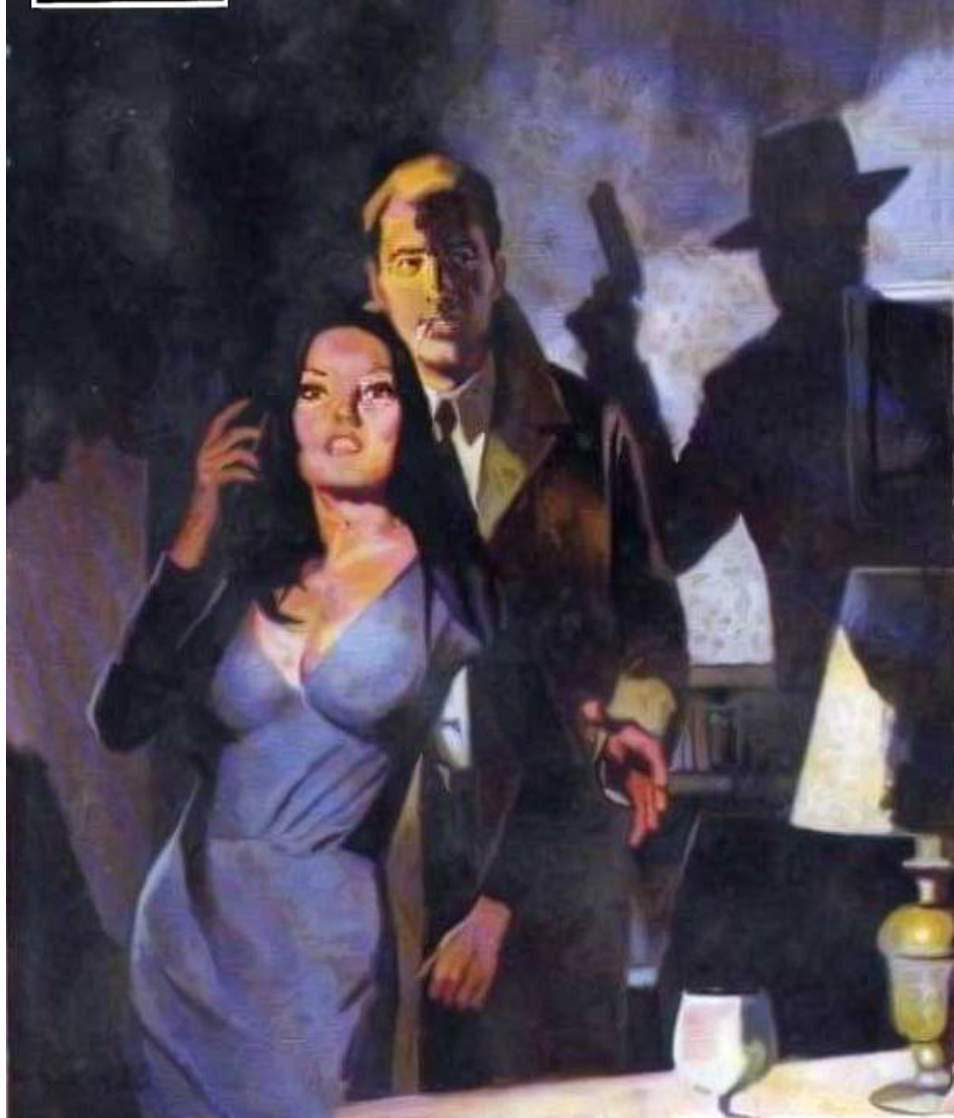
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

CABEZA DE ORO

*Clark
Carrados*



Estaba en el extremo menos concurrido del gran parque, esperando a alguien, cuando, de pronto, vio llegar un coche negro que se detuvo junto a un espeso grupo de palmeras. Un hombre se apeó y miró a su alrededor con ojos de curiosidad.

Justin Donahue quería dar una sorpresa a la dama a quien aguardaba y por dicha razón se hallaba escondido tras un enorme macizo de buganvillas. Pero la dama, haciendo honor a todos los tópicos sobre el retraso crónico de las mujeres en llegar a una cita, se retrasaba más de lo conveniente. Donahue le concedía solamente quince minutos más; si no había llegado en ese plazo, se marcharía y no volvería a verla en los días de su vida.

Otro individuo apareció, caminando apaciblemente por el sendero de la derecha. El primero se volvió, le divisó y pareció ponerse nervioso.



Clark Carrados

Cabeza de oro

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1643

ePub r1.0

Lds 16.02.19

Título original: *Cabeza de oro*

Clark Carrados, 1982

Cubierta: Martin

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba en el extremo menos concurrido del gran parque, esperando a alguien, cuando, de pronto, vio llegar un coche negro que se detuvo junto a un espeso grupo de palmeras. Un hombre se apeó y miró a su alrededor con ojos de curiosidad.

Justin Donahue quería dar una sorpresa a la dama a quien aguardaba y por dicha razón se hallaba escondido tras un enorme macizo de buganvillas. Pero la dama, haciendo honor a todos los tópicos sobre el retraso crónico de las mujeres en llegar a una cita, se retrasaba más de lo conveniente. Donahue le concedía solamente quince minutos más; si no había llegado en ese plazo, se marcharía y no volvería a verla en los días de su vida.

Otro individuo apareció, caminando apaciblemente por el sendero de la derecha. El primero se volvió, le divisó y pareció ponerse nervioso.

El segundo era un sujeto de mediana estatura, rostro brutal y ropas pretenciosas, a cuadros blancos, azules y gris claro. Los dos hombres conversaron brevemente.

De pronto, el segundo sacó un revólver y disparó contra el otro. Éste se tambaleó y cayó de rodillas. El hombre del revólver acercó el cañón a la cabeza de su víctima y apretó el gatillo. El otro cayó fulminado. Luego, el asesino se giró un poco y quedó con el arma preparada, como si hubiese visto algo sospechoso. Al cabo de unos segundos, se tranquilizó y, sin mostrar el menor síntoma de inquietud, dio media vuelta y se marchó.

Donahue también se marchó. La dama se quedaría sin él y sin la sorpresa que le preparaba. En cuanto a él, ya había tenido bastante con el asesinato que, pensó, había contemplado en primera fila.

El índice de Donahue señaló de pronto una fotografía en el enorme libro que le habían puesto delante en la Jefatura de Policía.

—Éste es —dijo.

—¿Seguro? —preguntó el teniente Miles.

—Absolutamente.

Donahue sonrió.

—Tengo buena memoria. Le vi a menos de quince pasos, teniente —añadió.

—Es raro que él no le viese a usted —observó el policía pensativamente.

—Estaba detrás de unas buganvillas —explicó Donahue—. Había quedado citado con una dama y, como la inmensa mayoría, fue impuntual. Por eso presencié el asesinato de... ¿cómo ha dicho que se llamaba el muerto?

—Tenny Timmerman. No es que vayamos a lamentar su ausencia, pero se ha cometido un crimen y nuestro deber es conseguir que la ley se ocupe del asesino. —Puede contar con mi testimonio, teniente. Sin ningún reparo.

Miles parecían preocupado.

—El asesino es Rugg Foley, un tipo de lo más repulsivo que se pueda imaginar, señor Donahue. En realidad, es el ejecutor «oficial» de Tony Castle.

—¿Quién es ese tal Castle? —preguntó Donahue—. Algunos dicen que pertenece a la mafia. No se sabe a ciencia cierta, aunque él se comporta como si fuese cierto. Por supuesto, es de origen italiano. En realidad, se llama Castello, pero él cambió el apellido por Castle, que es la versión inglesa del nombre.

—Entiendo. Así que mafioso, ¿eh?

—Es el jefe del hampa en esta ciudad y, hasta ahora, no hemos podido probarle ni siquiera una violación de las leyes de tránsito. Por fortuna, y con su testimonio, podremos proceder a Foley y esto, presumo, puede abrir una brecha en las hasta ahora inexpugnables defensas de Castle.

—Lo deseo sinceramente, teniente —dijo Donahue. Miles contempló unos instantes al testigo. Era un hombre joven, de rostro casi aniñado, aunque claramente se advertía que ya rondaba la

treintena. Tenía el pelo rubio, era alto, sin exageración, y se le adivinaba musculoso y fornido, pese a su aparente delgadez.

—Le voy a ser sincero, señor Donahue —dijo al cabo de unos momentos—. Hasta ahora, no hemos conseguido condenar a uno solo de los hombres de Castle. Todos los testigos han sido amedrentados o sobornados y, hasta alguno de ellos, ha desaparecido sin dejar rastro. Castle no tardará mucho en enterarse de que alguien vio a su verdugo ejecutar una sentencia. Naturalmente, querrá evitar que Foley sea condenado y hará los mayores esfuerzos para convencerle a usted de que declare en sentido negativo. Incluso podría llegar al asesinato, ¿comprende?

Donahue sonrió, a la vez que se ponía en pie. —Usted quiere sugerirme que acepte protección policial— dijo.

—Exactamente —confirmó Miles.

—Bien, no quiero parecer presuntuoso, pero no la necesito. Aunque no lo crea, sé cuidar muy bien de mí mismo, teniente. Vaya a detener a Foley y, cuando llegue el momento, declararé en el tribunal. Buenos días, teniente.

Donahue se marchó. Miles movió la cabeza pesarosamente.

Se sentía muy pesimista.

—Rezaré por ese muchacho —murmuró.

* * *

Ella se agitaba dengosamente, a la vez que lanzaba agudas risitas.

—No, no seas así, Justin... Cariño, eres muy malo...

No sé cómo me has convencido... Ay, las manos quietas, tú... Por favor, Justin... Déjame, déjame...

De pronto, lanzó un rugido.

—¡No, no me dejes...!

Los dos callaron durante unos momentos. Luego, ella exhaló un gran suspiro.

—Especie de asesino...

Donahue se echó a reír.

—Así te gustaría que te matasen todos los días, ¿verdad? —Y todas las horas— dijo ella lánguidamente.

—Eres un verdadero encamo —sonrió Donahue—. ¿Te apetece

una copa?

—Se acepta con verdadero placer, Justin. —Esto es para reponer fuerzas. Estamos en el descanso y pronto sonará la campana para un nuevo asalto.

El timbre de la puerta se oyó en aquel momento. Ella se echó a reír.

—¿Ya?

Donahue torció el gesto.

—¿Quién diablos puede ser el importuno...? Pero se levantó y, poniéndose un kimono, caminó hacia la sala. Por encima del hombro, dijo:

—Disculpa, nena.

—No te preocupes, pero si es un visitante pelma, échalo a patadas —respondió la mujer.

Donahue abrió la puerta. Un hombre, con el uniforme de una agencia de reparto, apareció ante sus ojos, con una cajita en la mano.

—¿Señor Donahue?

—Sí...

—Firme, por favor.

Donahue firmó y tomó la caja. El repartidor alargó la mano. Donahue se la estrechó.

—Tanto gusto, amigo.

Cerró la puerta. El repartidor se miró la mano vacía. Luego dijo algo relativo a la madre de un tacaño y se marchó.

Mientras, Donahue regresaba al dormitorio. Ella se sentó en la cama.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—No lo sé. Acabo de recibirlo y no tengo la menor idea de quién me lo envía ni qué puede haber dentro de la caja.

—Ábrelo, hombre; me muero de curiosidad... La caja, vistosamente envuelta en papel de regalo y atada con una cinta rosa, tenía el tamaño aproximado de dos paquetes de cigarrillos, uno encima del otro. Donahue desanudó la cinta, rasgó el papel y encontró debajo una cajita de cartón.

Levantó la tapa. Un gesto de sorpresa apareció en su rostro.

—¡Demonios! —exclamó.

—¿Qué es, Justin? —preguntó ella.

Donahue inclinó la caja, para que la invitada pudiera ver el pajarito amarillo que había en el interior, muerto, con el cuello torcido. Entonces, sonó un alarido.

La joven se puso en pie de un salto y echó a correr como si la persiguiesen cien legiones de diablos. Salió del dormitorio, atravesó la sala, abrió la puerta y se lanzó fuera de la casa.

Donahue se sentía estupefacto. Nunca había visto a una persona atacada por un pánico tan enorme.

—Pero ¿qué diablos le pasa a esa loca?

La puerta se abrió de pronto y la rubia volvió a entrar.

Había miedo en su rostro.

—Mis ropas...

Apresuradamente, cogió el vestido y se lo puso por encima de la cabeza, sin más prendas debajo. Agarró el bolso, los zapatos y el resto de la indumentaria y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

Donahue perdió la paciencia.

—¡Thelma, espera! —tronó.

Ella se volvió.

—Lo siento, Justin —dijo—. No es nada personal, pero tengo un miedo espantoso. Ese canario muerto significa que... Bueno, alguien te considera como un «chivato» y piensan enviarte al otro mundo... Donahue se quedó con la boca abierta. La rubia se marchó, sin que él hubiese tenido tiempo de abrir la boca siquiera.

Al cabo de unos momentos, empezó a reaccionar.

Ahora lo recordaba: el canario muerto era anuncio indefectible de que alguien había sido sentenciado por la organización, por haber sido considerado como un delator.

Los diarios habían divulgado ampliamente su nombre, en relación con el asesinato de Timmerman. Gracias a él, su asesino, Foley, había sido detenido y estaba encarcelado, sin fianza, a la espera del juicio. Era fácil imaginarse quién era el autor del envío. —Lo que él no se imagina es el error que ha cometido al enviarme este mensaje de muerte— dijo Donahue ceñudamente.

Fue a la cocina y lanzó la caja y el infeliz canario al cubo de la basura. Luego se dispuso a preparar su contraataque.

—Tony Castle, espérame —exclamó.

CAPÍTULO II

—¿Quién se encargará de la operación, jefe? —preguntó Bitty Larsey.

El jefe era Tony Castle y estaba sentado ante una mesa, bajo un gran toldo, con unos documentos en las manos. Era un hombre de casi cincuenta años, vestido con afectada elegancia y con los dedos rebosantes de anillos. El pelo negro le brillaba aceitosamente y había en sus redondos ojillos una inextinguible chispa de maldad.

—He mandado llamar a Hardo el Cañón —contestó—. Él se ocupará del asunto. Vendrá a la ciudad, lo hará y se marchará inmediatamente. —Va a resultar muy fácil— dijo Red Williams, otro de los miembros de la banda. —Donahue no ha aceptado protección policial.

—Vive en una casa de una sola planta, con jardín —explicó Big Jack Gawns—. No hay verja, sólo una pequeña valla de madera.

Castle asintió.

—No declarará en el juicio —dijo enfáticamente—. Hardo hará un buen trabajo —aseguró Dimmo Fall, que lo conocía bien—. Jefe, fue una buena idea enviarle el canario muerto —añadió halagadoramente—. No es el primero, ni será el último —contestó Castle con aire displicente, pero, al mismo tiempo, como dando a entender que en aquella ciudad él era el único dueño y señor de vidas y haciendas.

Un hombre llegó de pronto, con un portafolios en la mano. Era bastante alto, delgado, de rostro chupado y usaba unos lentes con gruesos cristales. Buzzy Leckstein era el secretario de Castle y su mano derecha en todos los asuntos, legales o no, relacionados con el gángster.

—Tengo que darle una noticia agradable, Tony —dijo Leckstein

sin más preámbulos.

Castle arqueó las cejas.

—¿Hemos perdido dinero con la Cooper Consolidated? —preguntó.

—No, afortunadamente, la compañía marcha viento en popa. Me refiero a la secretaria contable que contraté hace algunos meses. Se lo dije, ¿recuerda? —¿Qué pasa con esa chica? Dijiste que era una maravilla; diplomada en Ciencias Exactas, graduada en Contabilidad y con una memoria fenomenal—. Ahí está el problema —contestó Leckstein, que sudaba copiosamente—. Se ha marchado. Hoy, cuando llegué, me encontré una nota en mi escritorio. Cabeza de Oro, yo Ja llamaba así, porque, realmente, tiene una mente privilegiada, se despedía porque no quiere seguir trabajando más para nosotros.

Castle frunció el ceño.

—¿Qué motivos le hemos dado? ¿Le pagábamos poco? ¿La tratabas mal?

—No, pero... Recuerde, los libros que me envió el otro día para guardar. Yo no estaba y el mensajero los dejó encima de mi mesa. Ella entró poco después y se los llevó para revisarlos.

Castle abrió la boca.

—Pero ¿quién cometió semejante estupidez? —gritó—. ¿Cómo pudo esa tonta meter la nariz en unos libros que no le importan en absoluto? —Fue un error. Tony, lo siento muchísimo. Yo no estaba en el despacho y el hombre que los llevó no quiso esperar...

La culpa no es mía, puede creerme. Pero la chica se dio cuenta de lo que había en esos libros y, me imagino, no quiso seguir cooperando.

—Habrá que buscarla —gruñó Castle—. Sabes cómo se llama y dónde vive, ¿no es eso?

—Sí, desde luego. El nombre es Helga Kryth y reside en los Apartamentos Moonside...

El grueso índice de Castle señaló el teléfono. —Llama a Pete el Hurón— ordenó—. Dile que vaya a buscarla con alguien de su confianza y que me la traiga inmediatamente. Que la traten bien, no quiero compromisos sin necesidad. Veré de convencerla para que siga con nosotros y mantenga la boca cerrada.

—Está bien, Tony.

Leckstein se precipitó hacia el teléfono. Bajo el gran toldo blanco y azul, Castle soltó una maldición. Las cosas se le torcían en los últimos tiempos. Su ejecutor de confianza, Rugg Foley, estaba encerrado, y ahora aquella estúpida mecanógrafa había tenido que meter la nariz en unos libros que... Sudó sólo de pensar que pudieran caer en manos de la Policía. Con menos de veinte años, no saldría del apuro. Si aquella condenada se iba de la lengua...

Dimmo Fall se levantó de pronto.

—Llaman, jefe —dijo.

Entró en la casa, para cruzar al otro lado y abrir la puerta. A los pocos momentos, volvió e hizo una seña con la mano.

—Ven, Red, necesito que me ayudes.

—¿Qué pasa, Dimmo? —preguntó Castle—. Un paquete para usted. Es muy grande y pesa bastante.

Leckstein colgó el teléfono y volvió a sueca secarse la frente.

—Ya está —dijo, mientras se limpiaba las gafas—. Pete y Curt Neal salen ahora mismo para los Apartamentos Moonside.

—Gracias, Buzzy. Fue Pino Tollieri el que llevó los libros. Ahora está en San Francisco; fue a visitar a su madre, enferma. Cuando venga, él se pondrá enfermo, muy enfermo —dijo Castle rabiosamente.

Fall y Williams entraron llevando una enorme caja de forma cúbica y de más de un metro de lado. Castle la contempló estupefacto.

—¡Por Dios! ¿Qué es eso?

—No lo sé, jefe, pero aquí trae su nombre y dirección —contestó el primero—. Los hombres de la agencia dijeron que era un obsequio, aunque no mencionaron el nombre. ¿Lo abrimos?

—Sí. —Castle se tironeó del labio inferior—. Ah, ya sé —exclamó de pronto—; es el pedido de champaña que hice el otro día. Tranquilos, chicos, no es nada.

—Pero si es un obsequio... —alegó Leckstein.

Castle se volvió hacia él y lanzó una risita.

—Hice el pedido para que el dueño me obsequiara —contestó maliciosamente.

Leckstein se echó a reír. Los esbirros forcejeaban con la tapa de la caja que, de pronto, saltó hacia arriba. Un horrible graznido se oyó en el mismo instante, acompañado de un furioso batir de alas.

Una cabeza, picuda, con el cuello pelado y unos ojos que parecían hervir de furia, asomó por el borde.

Castle chilló, asustado. El enorme pájaro forcejeó por abandonar su encierro y, al fin lo consiguió, quedando con las patas apoyadas en el borde de la caja, a la vez que estiraba las alas repetidas veces.

Bitty Larsey retrocedió, despavorido, a la vez que se santiguaba.

—Madre de Dios, un buitre negro...

De pronto, el pajarraco saltó hacia arriba, pero no estaba en un lugar donde pudiera tomar gran impulso y cayó sobre la mesa, derribando cuanto había sobre ella, con gran acompañamiento de graznidos y chasquidos de alas. Williams sacó la pistola, pero apuntó mal y Fall aulló, a la vez que empezaba a saltar a la pata coja.

—¡Animal, me has atravesado el pie! —bramó—. ¡Deja esa pistola! —tronó Castle—. Mejor agarra el buitre y llévate de aquí...

Williams avanzó con las manos extendidas, pero el pájaro le arreó un tremendo picotazo en la izquierda y se retiró aullando. El buitre batió las alas nuevamente y consiguió despegar, pero tropezó con el toldo y fue de un lado a otro, erráticamente.

Castle creyó que la bestia se le venía encima y extendió las manos para protegerse. En el mismo instante, notó que algo blando, húmedo y espantosamente fétido le caía en el ojo izquierdo. Al fin, el buitre encontró espacio libre y se remontó, dejando una terraza sumida en el más absoluto desconcierto. Castle aullaba a causa del escozor que sentía en el ojo; Fall continuaba saltando a la pata coja y Williams se enrollaba una servilleta en la mano izquierda, para contener la hemorragia.

Castle estaba ebrio de furor, porque no acababa de entender quién le había gastado una broma tan atroz. Al fin, consiguió limpiarse el ojo, pero el escozor persistía y empezó a darse cuenta de que necesitaría los servicios de un médico.

El teléfono sonó en aquel momento. Leckstein, afortunadamente ileso, levantó el aparato y luego miró a Castle.

—No ha querido dar su nombre, pero dice que él no envía jamás canarios muertos, sino buitres vivos —dijo—. ¿Sabe quién es?

Castle se quedó mudo de asombro.

—Ese imbécil —dijo después— ha tenido la osadía de jugarme

esta mala pasada... Bien, puesto que tiene ganas de jugar, vamos a divertirnos un poco. A mí me toca el próximo saque y ese idiota va a saber lo que es bueno.

* * *

Los dos hombres salieron de la casa con paso rápido y ni siquiera se fijaron en el joven que caminaba plácidamente junto a la acera. Estuvieron a punto de atropellarlo, pero no se disculparon siquiera. —Mal educados— gruñó Donahue.

Pete el Hurón se volvió hacia su compinche.

—Esperaremos, no puede tardar mucho en volver —dijo.

Curt Neal asintió. Donahue estudió sus rostros.

Hampones, rufianes, se dijo. ¿A quién esperaban?

¿Qué infeliz iba a recibir un disgusto aquel mismo día?

De pronto, se oyó una fresca voz a poca distancia.

—¡Eh, ustedes! ¿Andan buscando a Helga Bryth? El Hurón giró en redondo. Una muchacha muy morena, con enorme cabellera negra, rizada, escotada y con los labios casi anaranjados, se acercó al coche, caminando con cierta dificultad, a causa de los altísimos tacones de sus zapatos.

—¿La conoces, negra? —preguntó el Hurón—. ¡Pues claro que sí! Yo vivo en el apartamento de enfrente y les vi llamar a su puerta, peto ella acababa de salir. Mírenla, por allí va.

Neal tendió la vista en la dirección que le señalaba la morena.

—¿Aquella anciana? —se sorprendió.

—Sí. Helga es artista aficionada de teatro y sabe disfrazarse muy bien. Hoy me dijo que iba a dar una broma a unos conocidos... A lo mejor son ustedes... Neal y el Hurón la dejaron con la palabra en la boca y corrieron frenéticamente para alcanzar a la vieja. Cuando llegaron a su altura, la alzaron en peso con los brazos en alto, y se la llevaron hasta el coche, pese a sus protestas.

Donahue contempló la escena, sin comprender muy bien las intenciones de la morena. Ella reía a mandíbula batiente y se acercó para reprochárselo.

—Eso no ha estado bien, señorita —dijo.

—¿Le importan mis actos? —replicó.

—A esa pobre vieja...

—No le pasará nada, no se preocupe. Pronto la soltará, cuando se den cuenta de su error.

El coche con los dos hampones y la anciana se había alejado ya. La chica morena volvió a sonreír. —He tenido mucho gusto en conocerle— dijo, a la vez que se disponía a subir a su coche.

—Espere —rogó el joven—. ¿Tiene prisa?

—No, ninguna. Pero si quiere acompañarme...

—¿Qué lo impide?

La sonrisa de Donahue, cuando él quería, resultaba deslumbradora.

—No intente propasarse —dijo ella—. Me llamo Melanie Stoddard.

Justin Donahue —se presentó él—. Hola, Melanie.

Con la mejor de las intenciones, te invito a cenar.

¿Aceptas?

—No sé, no me fió... Pareces de esa clase de chicos que no han roto un pialo en su vida y luego, cuando una se da cuenta, ya está...

Donahue se echó a reír.

—He roto muchos platos, y cosas mucho más valiosas que vajillas enteras —respondió—. Pero nunca trato de aprovecharme de las circunstancias. Algunos me llaman tonto por ser así, pero no me gusta variar mi norma de conducta.

—Sin embargo, me parece que posees una personalidad muy acusada —dijo Melanie—. ¿Estoy equivocada?

—Tal vez aciertes —sonrió él—. ¿Qué te parece el King Richard? Melanie silbó.

—Ahí cobran hasta el aire que respiras —exclamó—. Bueno, no debes preocuparte por la cuenta. Te invito yo y basta. ¿Hace?

—O. K., Justin. ¿Puedo preguntarte si eres un príncipe disfrazado?

—No llevo disfraz, soy así —contestó él alegremente.

Melanie se echó a reír.

—¿Dónde está tu reino?

—Donde estoy yo.

Ella apretó los labios. De pronto, vieron un coche parado delante de ellos. Melanie pisó el freno.

El coche en que viajaban los hampones con la anciana se había detenido. La vieja salió, chillando furiosamente. Donahue se dio

cuenta de que los rufianes no sabían cómo justificar su error. De pronto, la anciana vio un montón de ladrillos, destinados a una obra cercana y agarró uno, lanzándolo con todas sus fuerzas contra el parabrisas, que estalló de inmediato. El Hurón pisó el acelerador, pero no pudo evitar el segundo ladrillazo, que le destruyó el cristal posterior. Con el coche hecho una ruina y el ánimo lleno de deseos de venganza, arrancó para volver un poco más lejos y regresar en busca de Helga Bryth. Los dos hampones no repararon en la morena. Donahue les vio pasar y luego se recostó lateralmente en su asiento.

—Helga, ¿por qué les has engañado? —preguntó.

Ella le lanzó una profunda mirada.

—A ti te conozco yo —contestó evasivamente.

—Nunca nos hemos visto antes de ahora —repuso él—. Sí. Tu fotografía salió en los periódicos. Eres el hombre que vio asesinar a Tenny Timmerman.

—Tienes buena memoria.

—Fotográfica —dijo ella, sin inmutarse—. Lo que pasa es que en el retrato del periódico estabas muy poco favorecido; por eso tardé en reconocerte.

—Ya. Pero eres Helga Bryth.

—¿Cómo lo has averiguado?

No te has disfrazado del todo bien. Se te ve un poco la piel blanca por la parte de cuello, debajo del tinte moreno.

—Tenía un poco de prisa —se disculpó ella.

—Esos tipos te buscaban, ¿por qué?

—¿No puedes esperar a que hayamos llegado al King Richard?

—Oh, sí, desde luego. —Donahue se echó a reír—. ¿Cómo se te ocurrió la idea de que Helga se había disfrazado de venerable ancianita?

—Justin, me he metido sin querer en un lío y lo peor de todo es que no sé cómo salir de él —contestó la joven melancólicamente—. Dios me ha dado una mente excepcional, te lo juro con el corazón en la mano.

—Parece como si hubieses visto algo muy desagradable —repuso Donahue.

—Sí, eso es —dijo Helga—. Mi jefe, en vista de mis cualidades, me llamaba familiarmente Cabeza de Oro, pero sospecho que, a

partir de este momento, me va a llamar cosas infinitamente menos agradables.

CAPÍTULO III

Cuando terminó la cena, Donahue dirigió una cálida sonrisa a la muchacha.

—De modo que, sin querer, conoces los más oscuros secretos financieros de Tony Castle —dijo.

Helga asintió.

—Sí —admitió—. Me gustaría que mi mente fuese como un encerado, para pasarle una esponja, pero, por desgracia, no puede ser.

—Tienes el libro grabado totalmente en tu cerebro. —Podría reproducirlo ahora, con un margen de error inapreciable. La idea no me gusta, pero creo que tengo que esconderme durante una temporada. Y no sé dónde, porque ya no puedo volver a mi casa... Tengo todo el equipaje en el coche y cuando salí, francamente, no sabían adónde dirigirme.

Donahue se acarició el mentón.

—Helga, por una extraña casualidad, tú y yo nos hemos reunido, y ambos estamos enfrentados a Castle. Yo sé que puedo salir adelante, pero a ti te costaría un poco más, suponiendo que lo consiguieras.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—Sí, y espero que la aceptes, porque lo que te voy a proponer está hecho con la mejor intención del mundo. Antes has dicho que te gustaría esconderte, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Bien, yo puedo proporcionarte ese escondite..., aunque tendremos que regresar para buscar mi coche. Cuando te deje en tu guarida, yo tendré que volver a la ciudad.

Puedes llevarte el mío, Justin.

—Gracias, pero, si no te importa, prefiero mi coche. Hay en él ciertos aditamentos, que podría necesitar en un momento dado, ¿comprendes?

—¿Trucos a lo James Bond? —sonrió Helga.

—Algo por el estilo. Bien, ¿qué tal has cenado?

Ella bajó la voz repentinamente.

—¿Debo ser sincera, Justin?

—Te lo ruego.

—Horriblemente mal. El menú demasiado sofisticado. ¿Sabes que, por vergüenza, no he pedido un filete con patatas?

Donahue se echó a reír.

—En el escondite podrás hacerte la comida a tu gusto —aseguró.

Cuando regresó a casa, eran casi las dos de la madrugada. Se acostó y a los pocos momentos dormía profundamente.

Por la mañana, alguien llamó. Donahue se levantó a abrir y vio a un mandadero con una caja en las manos.

—Para el señor Donahue —dijo el sujeto.

Donahue le dio un dólar de propina. Cerró la puerta y se dispuso a abrir la caja.

Segundos más tarde, contemplaba, con rostro pensativo, el contenido de la caja: una diminuta horca, de la que pendía un muñeco, con el hilo que representaba la soga en torno al cuello.

Luego sonrió.

¡Ah, Tony Castle, cómo nos vamos a divertir! —exclamó.

* * *

Estaba sentado en la oscuridad, aguardando la llegada del ocupante del apartamento. Cuando era necesario, Hardo Kavoo, apodado el Cañón, sabía ser tan paciente como un tigre en la noche, aguardando el paso de su presa. El tiempo no contaba para él; sólo le importaba cumplir el «contrato» que le habían encomendado.

Pasadas las dos de la madrugada, oyó ruido de llaves en la puerta. Kavoo se enderezó un poco en el sillón. La puerta se abrió. Una mano tanteó en busca del interruptor de la luz. Cuando las tinieblas se disiparon, el hombre cerró la puerta y se volvió. Entonces vio a Kavoo.

—Hola, Mike Fuller —dijo el asesino, sonriendo apaciblemente.

Fuller se puso rígido.

—Hardo, ¿qué diablos haces aquí? —preguntó.

—Lo siento, no es nada personal.

El disparo no hizo ruido; la pistola tenía silenciador. Kavoo vio saltar por los aires la tapa de los sesos de su víctima y sonrió complacido. Era un sádico; le gustaba la sangre. Disparaba siempre a la cabeza, era la mejor forma de evitar que la víctima tuviese tiempo de hablar antes de morir. Por dicha razón, nunca le habían detenido.

Kavoo se levantó y fue hacia el teléfono. No le preocuparon las huellas dactilares; usaba guantes.

Marcó un número. A los pocos momentos, dijo:

—A Fuller le han salido alas.

—Entendido. Gracias, Hardo. Ah, tengo otro «contrato» para ti. Fuera de la ciudad.

—Muy bien, te veré mañana.

—¿No puedes ahora?

Kavoo contempló un instante el cuerpo tendido en el suelo, de cuyo cráneo destrozado salían ríos de sangre. Luego pensó en la exuberante rubia que le aguardaba en su apartamento, en sus senos abundantes, en sus opulentas caderas...

—Mañana, a la hora del almuerzo —puntualizó. Colgó el teléfono y luego, fríamente, como si saliera de una oficina, abandonó la casa.

* * *

Sonó el teléfono. Donahue, con la toalla enrollada en torno al cuerpo, puesto que acababa de salir de la ducha, corrió hacia el aparato.

—Soy Miles —dijo el hombre que estaba al otro lado de la línea.

—Ah, hola, teniente. ¿Sucedó algo?

—Tengo noticias para usted y no son buenas.

—¿Han soltado a Foley?

—No, sigue encerrado y no saldrá ya en su vida.

Siempre que usted llegue vivo al juicio.

—¡Teniente, éstas no son horas de profecías! —rezongó Donahue.

—¿Qué más quisiera yo? Bien, escúcheme. Tenemos informes de que Castle ha contratado a un asesino profesional, un tal Hardo Kavooc, alias el Cañón, imagínese los motivos. Kavooc viene por usted, naturalmente.

—¡Qué vida ésta! —se lamentó el joven—. ¿Puede darme la descripción del sujeto?

—Sí, pero no le servirá de nada. Es muy hábil con los disfraces. No sabemos qué aspecto tendrá cuando llegue aquí. Lo único que puedo hacer es ponerle bajo protección.

—¡Ni lo sueñe! —cortó Donahue vivamente—. No pienso permitir que un policía corra riesgos por mi causa. Ya me defenderé yo, no se preocupe. Tengo medios sobrados para ello y conozco trucos que Castle no es capaz de imaginarse siquiera.

—¿Qué es usted? ¿Algún mago?

Donahue soltó la carcajada.

—En determinados ambientes era muy famoso hace cosa de un año, pero mi trabajo no es precisamente de los que llevan el nombre a las primeras planas de periódicos y revistas.

—No se me alcanza qué pueda ser usted... —dijo Miles, desconcertado.

—Ya se lo diré en otro momento; ahora, dispense, pero tengo prisa.

Donahue corrió a vestirse. Minutos más tarde, subía a su coche.

Al disponerse a arrancar, vio uno parado al otro lado de la calle. El automóvil era largo, negro, y estaba ocupado por dos hombres.

«Castle quiere estar informado de cada uno de mis pasos», se dijo.

Simulando no haberse dado cuenta de que era seguido, fue a un supermercado y cargó una enorme provisión de víveres. Puso todo en el portaequipajes y volvió a empuñar el volante.

El coche negro se puso en movimiento detrás del suyo. Donahue dejó que le siguieran durante un par de kilómetros.

Luego, de pronto, se metió en una zona sin edificar, en la que, sin embargo, estaban señaladas las calles. Pisó el acelerador a fondo.

Conocía el lugar. Semanas antes había estado allí, estudiando la posibilidad de comprar un solar para edificar una casa a su gusto. La que sería un día avenida central del nuevo barrio, ascendía en

una suave pendiente hasta la cresta de una loma, desde la cual se divisaba un extenso panorama. Incluso podía verse el mar, a unos quince kilómetros de distancia. El coche aceleró a casi ciento noventa por hora. El conductor del automóvil negro empezó a ponerse nervioso.

—¿Adónde va ese loco? —gritó.

La pendiente se reducía un tanto cerca de la cumbre. Entonces, los dos hampones vieron una ancha zanja que cruzaba la avenida transversalmente.

—¡Frena, frena! —gritó el otro.

En el mismo instante, el coche de Donahue parecía volar por los aires. Salvó sin dificultad los cinco metros de anchura de la zanja, pasó al otro lado, rebotó, coleó y luego siguió, firmemente conducido por el joven.

El coche negro también podía alcanzar enormes velocidades, pero su conductor cometió una imprudencia al frenar.

Era ya demasiado tarde y el vehículo empezó a deslizarse de costado, levantando una espesa nube de humo azul, procedente de los neumáticos que se quemaban.

Llegó al borde de la zanja y cayó de costado. La profundidad no era grande, un par de metros solamente, pero, por el impulso, el coche dio una tremenda voltereta y fue a estrellarse fragorosamente contra la pared opuesta, tras deslizarse sobre el techo por el fondo de la zanja. Rebotó y quedó de costado, con las ruedas girando todavía, aunque cada vez más lentamente.

Donahue sonrió al ver que no era perseguido. Retrocedió, se detuvo unos momentos junto a la zanja y vio a sus dos ocupantes que salían a gatas, con sangre en los rostros y las ropas destrozadas, aturridos, sin saber muy bien todavía qué les había pasado. Al cabo de unos segundos, volvió a maniobrar y esta vez pudo continuar su viaje sin inconvenientes.

* * *

Abrió la puerta de la cabaña y vio a una mujer, de espaldas, trasteando en la cocina. Era muy rubia y la cabellera, apenas ondulada, le llegaba hasta el centro de la espalda. Vestía una blusa sin mangas y «shorts» azul claro, con sandalias. Donahue frunció el

ceño.

—Eh, oiga, ¿qué diablos hace usted en mi casa? Ella se volvió en el acto y una alegre sonrisa iluminó su hermoso rostro, que no parecía menos atractivo por las gafas que llevaba puestas.

—¡Justin! ¡Qué alegría! —exclamó.

Donahue se quedó desconcertado.

—Oye, ¿tú no serás...?

—Sí, soy Helga. Con mi aspecto habitual —explicó ella—. Ya no soy Melanie Stoddard, aunque, si es necesario, puedo volver a serlo en cualquier momento.

—Me siento pasmado —confesó él—. Resultas tan distinta... Oye, cuando te conocí no llevabas lentes...

¿Son graduados?

—La verdad es que soy un poco miope. A veces, uso lentillas graduadas, pero las gafas me resultan más cómodas. ¿No te gustan?

—Tú estás preciosa siempre de todos modos —dijo él galantemente—. Dime, ¿qué tal lo estás pasando aquí?

Te aburrirás mucho, me imagino.

—Bueno, en el fondo, creo que me convenía una temporada de soledad en un lugar tan maravilloso como éste —respondió Helga—. Duermo ocho horas de un tirón, madrugo para ver la salida del sol, doy largos paseos... No, no me canso de estar aquí, aunque supongo que un día u otro tendré que marcharme.

—No tienes ninguna prisa —dijo Donahue—, pero ya hablaremos de esto en otro momento. He traído gran cantidad de provisiones; voy a entrarlas en la casa.

—Estaba preparando el almuerzo —sonrió Helga—. Pondré otro plato en la mesa.

—Estupendo.

Después de comer, salieron a la puerta de la cabaña, desde la que se divisaba un panorama excepcional. Millones y millones de pinos y abetos cubrían las laderas de las montañas, en algunas de las cuales se divisaban todavía manchas blancas de la nieve que no se había fundido. Abajo, en el fondo del valle, un arroyo se desplomaba desde casi cien metros de altura, en un salto que parecía una pluma gigantesca en continuo movimiento. Más cerca de la cabaña, otro arroyo saltaba de peña en peña y, tras formar un pequeño estanque, seguía su curso hasta el valle. —Intenté bañarme

en el estanque, pero el agua está helada— dijo Helga.

—Aún no he tenido tiempo, pero un día haré que construyan una piscina, alimentada por las aguas del arroyo. Entonces, el agua, más quieta, tendrá tiempo de calentarse —respondió él.

Hablaban un tanto forzosamente y ambos sabían que un tema les preocupaba por encima de todo. —Sé lo que estás pensando— dijo Donahue, pasados unos momentos—. Por ahora, conviene que sigas aquí. Me siguen a todas partes y no me dejan un momento de respiro.

Helga se mostró aprensiva.

—¿Piensas declarar en el juicio? —preguntó—. Por supuesto. Es más, les guardo una sorpresa que no son capaces de imaginarse siquiera. Pero no quiero decir nada más; ya lo sabrás cuando juzguen a Foley. —Castle es un hombre terriblemente vengativo— dijo Helga.

—Lo sé. Es más, me han informado de que ha contratado a un asesino profesional. Un verdadero experto, según dicen.

Helga sintió un escalofrío.

—¿No piensas hacer nada, Justin?

—Claro que tengo mis planes —rió él—. No te preocupes, Castle no se saldrá con la suya. Oh, perdona, olvidaba una cosa...

Fue al coche y volvió cargado con una caja. Al cabo de unos momentos, enseñó a la joven el contenido. —Si un día te ves en un apuro grave, llama a Ted Cornish— dijo—. Te enseñaré el manejo del transmisor y también te indicaré una clave para que Ted acuda con la máxima urgencia, ¿has comprendido?

—¿Quién es Cornish? —preguntó Helga, muy intrigada.

—Un buen amigo —respondió Donahue evasivamente.

Lo preparó todo y luego se volvió hacia la muchacha.

—Debemos prever el menor movimiento del enemigo —dijo, muy serio—. Cada vez que venga yo, te haré una contraseña con la bocina del coche. Si ves venir un automóvil y no oyes la contraseña, llama a Ted y escapa, ya sabes dónde debes situarte. Ted vendrá antes de una hora, ¿entendido?

—Y tú, ¿cuándo volverás? —quiso saber Helga—. No lo sé. Todavía no han acabado mis problemas con Tony Castle —respondió Donahue.

CAPÍTULO IV

Castle lanzó un rugido y el médico se impacientó.

—Por Dios, Tony, ¿es que no puedes quedarte quieto?

Si sigues así, no podré curarte...

—El ojo me duele —se quejó Castle.

—Tiene que dolerte y milagro será que recobres la visión —manifestó el galeno, inclinado sobre su paciente—. Esas sustancias contienen ácidos muy fuertes, y si no, mira las estatuas de los parques; muchas están corroídas a causa de los excrementos de las palomas...

—No fue una paloma, matasanos —gruñó Castle.

—¿No fue una paloma? —se extrañó el médico—. Bueno, no estamos lejos de la costa y hay gaviotas... Pero ¿por qué tenías que mirar al cielo en esos momentos?

—Fue un buitre.

El médico se detuvo un momento, con los vendajes en las manos.

—Tony, estás de broma —dijo.

—Fue un buitre, maldita sea —gritó Castle exasperadamente—.

Alguien me lo envió y...

El médico hizo un gesto con la cabeza.

—Un buitre —rezongó—. ¡Qué cosas tan raras tiene que oír uno!

Cubrió el ojo con las gasas y las sujetó con esparadrapo. Luego empezó a recoger todo en su maletín.

—Volveré, mañana —dijo—. Espero que el ojo esté mejor: de lo contrario, tendrás que ir a un especialista. —Si me quedo tuerto, arrancaré los dos ojos a ese maldito antes de enviarlo al otro mundo —bramó Castle.

—No te excites —aconsejó el galeno.

Se marchó, meneando la cabeza. Cuando estuvo seguro de que Castle no le veta, se puso un dedo en la sien y efectuó un movimiento de barreno.

—Loco, está loco... Mira que decir que un buitre se le...

Red Williams vino con un vaso alto, perlado por la humedad, a causa del hielo que contenía.

—¿Qué hay de esos dos idiotas? —preguntó Castle—. Están todavía en el hospital. No es nada grave, les han prohibido que salgan en un par de semanas. —Estúpidos... ¿Cómo pudieron meterse en aquella zanja?

—Bueno, ellos vieron que Donahue la saltaba y creyeron que podrían...

—No —contradijo Fall, apoyado en un bastón y con aire derecho vendado—. Héctor me lo ha contado: Johnny frenó, en lugar de acelerar, el coche derrapó y...

Larsey llegó en aquel momento con un paquete en las manos.

—Jefe, «el Cañón» llegará mañana —informó—. Acaban de avisarnos.

—Pasado mañana, Donahue recibirá una corona de flores que le enviaré con mucho gusto —dijo Castle torvamente. ¿Qué diablos es eso?— preguntó, al ver el paquete en las manos de su esbirro. —No lo sé, acaban de traerlo... ¿Lo abro?

Castle hizo un ademán benévolo. Larsey rasgó el papel de la envoltura y apareció una caja de forma cúbica y de unos cuarenta centímetros de lado. Luego levantó la tapa.

Inmediatamente, lanzó un chillido, a la vez que daba un salto hacia atrás.

Castle rugió de ira y pánico al mismo tiempo. Dentro de la caja había una calavera y por sus vacías cuencas orbitales asomaban dos serpientes, que se agitaban con furiosos movimientos. En aquel instante empezaron a suceder cosas...

Al saltar hacia atrás, Larsey cayó sobre el pie herido de Dimmo Fall. La herida, en realidad, no era grave, puesto que la bala había rozado el borde externo del pie derecho, aunque sí se trataba de una rozadura profunda. Pero la herida estaba tierna y Fall lanzó un grito de dolor indescriptible al sentir el pisotón. Tratando de huir, agitó el bastón y golpeó la boca de Williams, quien se echó violentamente hacia atrás y cayó sobre Castle. Castle, a su vez, se

derrumbó sobre la mesa, que volcó con gran estrépito.

Para no caer, Fall, que había perdido el equilibrio y el bastón, levantó las manos y se agarró a una de las barras que sostenían el toldo. La barra cedió y el toldo se vino abajo, cubriéndolos a todos con su enorme velamen. Debajo de las rayas blancas y azules, se percibió durante unos momentos una frenética agitación. Sonaban chillidos, blasfemias y maldiciones de toda índole, y se oían golpes y chasquidos sin cesar. Al fin, volvió la tranquilidad y los cuatro hombres salieron a gatas de debajo del toldo. Tardaron un buen rato en darse cuenta de que las serpientes eran mecánicas. Entonces, Castle pareció volverse loco y juró hasta perder el aliento.

Por un momento, pensó en raptar a Donahue y hacer que se lo trajeran a la casa para torturarlo personalmente, pero desistió, porque podía resultar muy comprometido y acaso lo echaría todo a perder. El sistema Kavooc, pensó cuando se calmó un tanto, era mucho mejor y tenía la inmensa ventaja de su absoluta discreción.

* * *

Cuando entró en el local, oyó el inconfundible sonido de una bofetada, seguido del agudo grito de una mujer que se quejaba. Luego, Donahue oyó una voz bronca que la apostrofaba rudamente.

El bar estaba desierto. Las cortinillas de la puerta y las ventanas aparecían bajadas. Donahue frunció el ceño. Avanzó hacia la puerta que comunicaba con el interior del edificio. Al abrir, vio a dos sujetos. Uno de ellos agarraba a la mujer por los brazos. El otro, en aquellos instantes, se enrollaba en la mano derecha una tira de cuero, larga y estrecha, dejando, sin embargo, unos cuarenta centímetros libres.

—Tienes una cara preciosa, pero te la voy a destrozar —amenazó—. Escucha, Roy... —dijo ella.

—No quiero escuchar nada, ya hemos sido bastante pacientes contigo.

La correa se alzó en el aire. Una mano poderosa la arrebató a su dueño de un tirón. El sujeto se volvió y el canto de una mano le golpeó duramente el labio superior.

Se oyó un aullido. El hampón sintió un terrible dolor cuando el labio se le aplastó contra los dientes, varios de los cuales saltaron a

consecuencia del golpe. Donahue, con los ojos en llamas, volvió a golpear, ahora sobre el puente de la nariz.

Fue un golpe suave; de otro modo, lo habría matado instantáneamente. Roy Raven cayó fulminado. El otro soltó a la mujer y sacó una navaja automática, cuya hoja medía casi veinticinco centímetros de longitud. Ella se apartó a un lado y contempló temerosa la escena.

El hampón se tiró a fondo, como si tuviera una espada en la mano. Donahue saltó ágilmente a un lado y se apoderó de la muñeca de su atacante. Ejecutó una seca torsión y los huesos del antebrazo chasquearon siniestramente.

Un alarido de dolor brotó de la garganta del matón. Donahue dirigió una sonrisa a la mujer. Luego cargó con el forajido y lo sacó a la calle. El otro siguió el mismo camino momentos después. Al terminar, Donahue echó el pestillo de la puerta y regresó al interior.

Ella estaba llenando dos vasos. Donahue se apoyó en la jamba y sonrió.

—Te han puesto un ojo a la funerala, Audrey Hersten —dijo.

Ella sonrió de mala gana.

—Ese cerdo me pegó como si fuese un saco de entrenamiento —contestó.

—¿Por qué, Audrey?

—Lo de siempre. «Protección».

—¿No quiere pagar?

—No puedo. El bar está en mal sitio. Viene poca gente. Me parece que hice un mal negocio, Justin.

—Dejaste el empleo prematuramente, Audrey.

Ella suspiró y le entregó el vaso.

—Tenía esperanza de ser una estrella, pero ya ves, me quedé en doble de las grandes artistas, expuesta a romperme el cuello cualquier día por un puñado de dólares.

Ahora han podido romperte algo más, por menos dinero.

—Sí, es cierto. En fin, tendré que volver a lo de antes... —Nunca te faltará trabajo. Eras muy buena, Audrey, de las mejores. Entrénate unas semanas y pronto estarás de nuevo en el sitio que te mereces. Te diré una cosa; yo también, en mis tiempos, tuve aspiraciones de superar a Reynolds o a Redford, pero me estancué y decidí conformarme con lo conseguido que, en nuestro medio, no

era poco. Si uno se conforma con lo que logra y lo hace bien, acaba por ser feliz. Procura tú hacer lo mismo y verás qué pronto se te pasa la amargura.

Audrey sonrió. Era una mujer muy atractiva, de unos treinta años, pelirroja y con el cuerpo agradablemente dotado por la naturaleza.

—Tienes un pico de oro —dijo—. Si te hubieras metido a cura, ya serías obispo. Donahue lanzó una gran carcajada.

—No me habían dicho nunca nada semejante —declaró—. En serio, Audrey, deja este negocio y vuelve a lo de antes. Ted Cornish se sentirá muy contento de tenerte en el equipo.

—Tal vez lo haga, en efecto. Pero tú, sin embargo, lo has dejado...

—Oh, lo mío es diferente —contestó él, con aire voluble—. Audrey, necesito que me hagas un favor.

Sí, lo que sea.

Conoces cantidad de gente. ¿Qué me dices de Hardo Kavooc?

Audrey se estremeció.

—¿Me preguntas por esa fiera de dos patas?

—Sí, encanto.

—Huye de él...

—Es lo último que haría. Me han dicho que suele disfrazarse.

—Es cierto y lo hace muy bien. —Los ojos de Audrey se oscurecieron—. Lo aprendió cuando estaba en el equipo, pero de eso hace mucho tiempo...

—Han pasado casi siete años desde que se marchó. Se habrá dado a la buena vida. Recordará trucos, evidentemente, pero tendrá los músculos oxidados. O no recurrirá al disfraz. ¿Cuál es el que más le gusta utilizar?

Audrey se concentró unos momentos.

—Hay dos preferidos... El de reumático, es decir, con el pie vendado y una muleta; lentes, bigote y aire de sufrimiento... Ojo, la muleta es un fusil, aunque sólo dispara una bala. —Entiendo. ¿Y el otro?

—Militar, muy bizarro, algo anticuado, porque usa monóculo, si bien el cristal es oscuro, como si tuviese defecto en un ojo. Insignias de coronel; no le gustan los soldados rasos.

—Gracias. Audrey. Estaré prevenido.

—Hardo nunca falla —advirtió ella.

—Un día tiene que cometer su primer fallo —sonrió Donahue.
De pronto, se puso seria.

—Estás aún muy nerviosa —observó.

—Hombre, tú verás...

—Yo tengo un calmante especial para estas ocasiones —dijo él.

—¿De veras?

—Lo malo es... Mejor dicho, lo bueno es que sólo sirve con las mujeres, sobre todo, si son jóvenes y hermosas.

Audrey sonrió maliciosamente.

—Pues... sí, creo que esa clase de calmante me sentaría muy bien —respondió.

Abrió una puerta cercana y la cruzó, seguida del joven.

Todavía vuelta de espaldas a él, dijo:

—La cremallera se me atasca a veces. ¿Quieres bajarla, Justin?

Donahue se inclinó y besó el cálido hueco situado entre el cuello y el hombro de la mujer.

—Con mucho gusto —respondió.

Transcurrió un largo rato antes de que ninguno de los dos hablase. Luego, Audrey se sentó en la cama, encendió dos cigarrillos y le pasó uno.

—Justin, tienes un problema con Tony Castle, ¿verdad?

—Si.

Es un tipo muy peligroso.

Lo sé de sobra.

—¿No tienes miedo?

—Un poco, pero me lo aguanto.

—Trataré de evitar que declares contra Foley.

—Para eso contrató a Kavooc, ¿no?

—Sí, pero... Parece como si tuvieses algo personal contra Castle.

—Lo tengo —admitió él ceñudamente—. ¿Recuerdas a Rim Willoughby?

—Claro. Pobre muchacho; se mató estúpidamente... —
Estúpidamente, no; alguien cortó en parte la cuerda de la que tenía que colgarse en aquella toma Rim había tenido la desgracia de recurrir a Castle para un préstamo y no quiso pagarle, porque los intereses sumaban ya más que la cifra inicial. Entonces, Castle envió a alguien y la cuerda perdió resistencia—. Comprendo. Tú quieres

ahora que Castle pague aquella muerte.

—La pagará, nena, la pagará —aseguró Donahue.

Dejó el cigarrillo a un lado, sonrió y la atrajo hacia sí.

—Ahora soy yo el que está nervioso. Ven a tranquilizar mis nervios —pidió.

CAPÍTULO V

El hombre caminaba lentamente por la acera, con notoria dificultad, debido al pie vendado hasta más arriba del tobillo. Se apoyaba en una muleta de metal brillante y, de cuando en cuando, hacía un gesto de dolor.

Se paró en un paso de peatones y un policía, compasivo, le ayudó a cruzar. El lisiado agradeció el gesto con una cortés sonrisa.

—Gracias, agente.

—Si desea que llame a un taxi, señor...

—No, gracias. Sólo es reuma y, aunque le parezca extraño, mi médico me ha aconsejado que dé largos paseos. —El lisiado meneó la cabeza—. Hoy día, los médicos mandan unas cosas tan raras...

—Sí, es cierto —rió el policía—. Que se alivie pronto, señor.

Kavooc hizo un gesto con la cabeza y continuó andando. Minutos más tarde, avistaba la casa de Donahue, que ya le había sido señalada por uno de los esbirros de Castle.

Al llegar a las inmediaciones del jardín, se detuvo y contempló el edificio. Luego reanudó la marcha.

De pronto, sintió que le agarraban por un brazo.

—Venga, buen hombre —oyó una voz compasiva.

Kavooc se volvió.

—Gracias, pero no necesito su ayuda —dijo.

—Creo que sí —insistió Donahue.

—Suélteme —gruñó el asesino.

—Vamos, Hardo; entremos en mi casa y hablaremos mejor.

Los ojos de Hardo chispearon.

—Donahue —murmuró.

—En efecto —confirmó el joven alegremente.

—¿Cómo me ha reconocido?

—Tengo espías por todas partes. Pensé que se disfrazaría de coronel, pero ha preferido el disfraz de reumático. ¿Todavía se acuerda de los tiempos en que trabajaba con Cornish?

—Recuerda muchos trucos, Donahue.

—Pero ya está viejo, enmohecido...

—Aún mantengo mi buena forma.

—Sí, sobre todo, si tenemos en cuenta la habilidad que empleó para preparar la cuerda que debía utilizar Willoughby en la escena del acantilado. Cayó desde más de cien metros, ¿lo recuerdas?

Kavooc sonrió satisfecho.

—Fue un buen trabajo —se ufanó.

—Yo también voy a hacer ahora un buen trabajo, Hardo.

—¿De veras? ¿Cómo, Donahue?

Al mismo tiempo que hablaba, Kavooc empezaba a levantar la muleta, Donahue se la arrebató de un tirón. Kavooc se tambaleó, pero no cayó. Alargó las dos manos para recobrar la muleta, agarró el hierro por el centro y tiró.

Donahue la había vuelto, de modo que la contera apuntaba al cuerpo de Kavooc. De repente, se oyó un estampido sordo.

Un círculo rojo apareció en la camisa del asesino. Los ojos de Kavooc se dilataron.

Abrió la boca, pero no pudo emitir una sola palabra. Lentamente, dobló las rodillas, se inclinó hacia adelante y apoyó la cabeza en el frío asfalto.

Una mujer contempló la escena y empezó a chillar. Un vecino con espíritu cívico avisó a la Policía.

Un minuto después, llegaba un coche de patrulla. Los agentes se aparearon pistola en mano. Donahue alzó los brazos y dio su nombre.

—Por favor, avisen inmediatamente al teniente Miles —pidió.

Miles llegó un cuarto de hora más tarde. Se apeó, dio una vuelta en torno al cadáver y luego fijó la vista en el joven.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Usaba un bonito truco, sólo que yo lo conocía. Un cañón de pistola dentro de la muleta. El gatillo está en el saliente de apoyo.

Miles se arrodilló y examinó la muleta.

—Sucio truco —calificó.

—Matar a la gente por dinero siempre es sucio, teniente —dijo Donahue, sentencioso.

—¿Cómo lo supo?

—Tengo amistades.

Un policía se acercó y habló unos momentos con el teniente. Miles asintió.

—Está bien, gracias. Donahue, me informan de que usted y Kavooc se pelearon.

—Bueno, según se mire... Yo sólo quería ayudarle a cruzar la calle y me ofrecí para que se apoyara en su brazo. Cuanto tomé la muleta...

—Está bien, sé que va a decir que no sabía que la muleta tenía un cañón de pistola en su interior. ¿No es verdad?

—Sí, teniente —sonrió Donahue.

—¿Quién le condenaría, si acaso llegasen siquiera a procesarlo? —El policía entre dientes—. Bueno, muchachos, pueden llevarse el fiambre en cuanto lo diga el forense. Donahue, vaya mañana a mi oficina. El joven hizo un gesto con la mano, tocándose la sien derecha.

—Sí, señor —contestó.

* * *

Buzzy Leckstein entró en la terraza a grandes zancadas y se dirigió a Castle, cuyo ojo estaba todavía cubierto por el vendaje.

—Tony, Hardo ha muerto.

—No es verdad —dijo.

—Estaba en Jefatura, hablando con un cliente. Oí que los comentaban unos policías y les pregunté y me lo confirmaron. Parece ser que Hardo tenía una especie de arma secreta, un cañón de pistola dentro de una muleta...

—¿Y se le disparó? —dijo Castle incrédulamente—. No. Se la quitó Donahue y forcejearon. Entonces, la muleta se disparó... bueno, el cañón que llevaba dentro y... Bien, Hardo murió en el acto. Un balazo en el corazón.

Castle pareció enloquecer de ira y golpeó la mesa con el puño, tan fuerte, que vasos y botellas saltaron por los aires.

—¡Ese maldito Donahue va a acabar con mi paciencia! —aulló—. ¿Pero es que no hay nadie lo suficientemente listo para eliminar a ese imbécil? Un tipo idiota, que no ha roto un plato en su vida,

nos está poniendo en ridículo...

—Tony —dijo Leckstein—. Donahue no es tan tonto como crees. He procurado obtener informes suyos. Trabajó casi seis años con el equipo de Ted Cornish.

—Cornish —repitió Castle, con la boca abierta—. ¿No había un tal Willoughby que trabajaba también con ese tipo?

—Sí, pero murió hace unos tres años.

—Y Donahue estaba en ese equipo.

—Era uno de los mejores, Tony.

—¿Ya no está con Cornish?

—No.

—Entonces, ¿qué diablos hace? ¿Vive del subsidio de paro?

—Lo siento, no he podido averiguar más —respondió Leckstein—. Pero, si quieres que siga investigando... —¡No!— vociferó Castle. —¿De qué nos serviría? No me importa lo que haga ahora; lo que quiero es verlo debajo de seis palmos de tierra.

Williams se atrevió a intervenir.

—¿Jefe?

Castle se volvió hacia él, malhumorado.

—¿Qué quieres? —Gruñó.

—Si usted tiene tanto interés en ese tipo... Yo conozco al hombre que puede solucionarle el problema.

—¿Quién es, Red?

—Mel Hundry. Si dispusiera de medios, sería capaz de poner una bomba en la Luna y hacerla explotar a la hora que a uno le convenga. Aquí está más cerca y lo haría con los ojos cerrados.

—No es mala idea —convino Castle—. Llámalo, Red.

—Es caro, jefe.

—No importa, el dinero no importa. ¡Llámalo!

—Sí, señor.

—Luego otro problema, Buzzy —dijo. Leckstein asintió tristemente.

—Sí, Tony.

—¿Hay rastros de Cabeza de Oro?

—En absoluto. Parece como si se la hubiese tragado la tierra —contestó Leckstein.

—Es preciso encontrarla, Buzzy. Emplea todo el tiempo que sea necesario y gasta el dinero a manos llenas, pero encuéntrala. Yo me

encargaré de traerla aquí, ¿estamos?

—Sí. Tony.

—En el fondo, esto me divierte —dijo Castle pensativamente—. Ese Donahue está demostrando tener unos redaños fuera de lo común. Voy a ver si pienso en algo bueno para enviarle un mensaje; siento curiosidad por conocer su respuesta. —Con tal de que no le envíe una bomba...

—No, es demasiado decente para ello. Así sabré cómo reacciona y, conociendo las reacciones de la gente, se sabe mucho mejor cómo quitarles de en medio. —Puede enviarle una tarántula— sugirió Leckstein. —Demasiado vulgar. Tengo que encontrar algo mejor, más refinado, pero mucho más amenazador...

Los ojos de Castle brillaron súbitamente.

—Ya está —exclamó—. Voy a enviarle algo que le hará salirse de sus casillas. Es más, puede que así él mismo nos lleve al lugar donde tiene escondida a Cabeza de Oro.

—¡Pero si no se conocen! —alegó Leckstein—. Buzzy, no sé por qué, tal vez sólo sea un presentimiento, pero, tal como están las cosas, apostarí a cien a uno a que Donahue sabe dónde está escondida esa chica —contestó Castle firmemente.

* * *

El timbre de la puerta sonó y Donahue fue a abrir. Un repartidor de uniforme le entregó una caja, envuelta en papel de colores, firmó el recibo, dio una propina y se retiró al interior de la casa.

Por el tamaño, la caja parecía contener cigarros, aunque era algo más gruesa. Tras unos segundos de vacilación, rasgó la envoltura y vio la caja, que era de cartón. Levantó la tapa y volvió a ponerla instantáneamente.

Un helado escalofrió recorrió su espalda. Fue al aparador, puso *whisky* en un vaso y tomó un largo sorbo. Después, forzándose a sí mismo, abrió la caja por segunda vez y contempló la mano femenina que había en el interior del recipiente de cartón.

Pertenecía a una mujer, no cabía duda. Era fina, de dedos alargados y unas picudas uñas, pintadas de rojo. Por medio del tacto comprobó que no se trataba de una mano artificial. Era auténtica y había sido amputada a la altura de la muñeca.

Estuvo unos momentos indeciso. De pronto, cerró la caja y, con ella bajo el brazo, corrió hacia el garaje. Instantes después, salía en su coche a toda velocidad. Estaba ciego de cólera. Castle era muy capaz de haber cortado la mano a Helga, sólo para vengarse. Si esto era cierto, le retorcería el cuello con sus propias manos. Un coche de color gris empezó a rodar inmediatamente detrás de Donahue. El joven no se dio cuenta de que era seguido.

Había otro coche en las inmediaciones de su casa, pero permaneció parado. Cuando los dos vehículos se hubieron alejado, un hombre se apeó y fue a una cabina telefónica.

Bitty Larsey introdujo una moneda en la ranura y marcó un número. La voz de Castle resonó a poco en sus oídos.

—Jefe, aquí Bitty.

—Dime.

—Donahue ha picado.

—¿De veras?

—Le entregaron el paquete y, antes de cinco minutos, salió de su casa como un cohete. Usted tenía razón; sabe dónde está la chica.

Castle soltó una risita de satisfacción.

—¿Quién le sigue?

—Raven, con Barrie. Tienen ganas de desquitarse, jefe. —Será mejor que no les toquen, a ninguno de los dos, o les pesará— dijo Castle. —¿Sabes qué dirección han tomado?

—Sí, señor.

—Procura seguirles tú también. Quiero a la chica entera, intacta, sin un solo rasguño. El que le haga el más mínimo daño, tendrá que vérselas conmigo. ¿Está claro?

—Sí, señor. Pero ¿qué hay de Hundry...?

—Todavía no ha llegado su turno. Anda, ve detrás de Raven y del otro. Y tenme informado en cuanto sepas algo.

—Muy bien, jefe.

Castle soltó una risita de satisfacción, se frotó las manos y guiñó el ojo a Leckstein.

—Te lo dije: Donahue nos va a llevar directamente al escondite de la chica.

—Le admiro, Tony. Si fue un presentimiento, acertó de lleno. Pero ¿cómo pudo suponer que...?

—Estuve acordándome del incidente de la anciana, que una

supuesta furcia dijo que era Helga Kryth. Raven y Barrie me lo contaron con todo detalle y recordaron haber visto a la morena con Donahue. Puesto que la anciana resultó su auténtica, la morena era Helga, disfrazada. No se la ha vuelto a ver más, de modo que, si empiezas a deducir, sacas la verdad, ¿no es así? Leckstein asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Cierto —concordó—. Pero —añadió—, tenemos otro problema encima.

—¿El juicio contra Foley?

—Si. Empieza el lunes próximo.

—No te preocupes; Donahue no declarará ante el tribunal —aseguró Castle rotundamente.

CAPÍTULO VI

El coche frenó y se arrastró unos metros por la tierra, levantando una enorme polvareda. Donahue se tiró literalmente fuera y corrió hacia la cabaña. Casi atropelló a Helga, que salía en aquel momento al oír el ruido de los frenos y de las ruedas resbalando por la gravilla.

—¡Justin! —exclamó ella, asombrada—. ¿Qué te sucede? Parece como si hubieses visto un fantasma... Donahue estaba desencajado y tenía los ojos fuera de las órbitas. Sin contestar siquiera, agarró las manos de la joven y las contempló detenidamente.

—Gracias a Dios —exhaló un largo suspiro—. Estás... completa.

—No me falta ningún miembro, si a eso te refieres, pero ¿tienes la bondad de decirme qué te sucede? —preguntó ella, muy intrigada.

—Entremos en la cabaña y te lo contaré. ¿Hay café hecho?

—Sí, claro.

Donahue procuró tranquilizarse. Pasaron algunos minutos antes de que se sintiese mejor. Helga, discreta, aguardó a que él fuese el primero en hablar.

—Me han dado un susto de muerte —dijo el joven por fin—. Creí que te... Bueno, me enviaron una mano cortada.

Helga dio un salto en su asiento.

—¡Justin! ¿Estás loco?

—Ojalá —contestó él, a la vez que señalaba con el dedo el pulgar hacia el exterior—. La tengo afuera, en el coche... Es una mano de mujer joven, con las uñas pintadas.

Helga enseñó sus manos.

—Yo no me pinto las uñas, al menos, aquí —dijo—. Sí, pero ¿quién diablos lo sabía en aquellos momentos? Imagínate, recibo

una caja, la abro y me encuentro una mano de mujer...

—Sería de plástico, como las que se usan en las películas de terror —sonrió la joven.

—Es una mano auténtica, Helga.

Ella se puso seria.

—¿De verdad?

—La he tocado. Noté la carne muerta, fría...

—¡No sigas! —dijo Helga crispadamente—. Pero ¿quién ha sido el miserable capaz de hacer una cosa semejante? Y, sobre todo, ¿cómo han conseguido la mano? —Los ojos de la muchacha se dilataron de repente—. No se la habrán cortado a una mujer viva...

Donahue hizo un gesto negativo.

—No lo creo. Más bien, habrán sobornado a algún empleado de la «morgue»...

—¡Dios mío, qué sadismo! —Se estremeció Helga—. Pero ¿qué objeto tiene enviarte una mano de mujer? —Castle y yo estamos jugando a la guerra de los obsequios— contestó Donahue ceñudamente—. De todas formas, esto es demasiado...

Bruscamente, se puso rígido.

—Maldita sea, qué estúpido he sido —añadió—. Ahora comprendo por qué me envió la mano. —A ver, dime— pidió Helga ansiosamente.

—Soy el tipo más idiota que hay bajo la capa del cielo —se apostrofó el joven—. Recibí la mano y salí de casa disparado, sin pensar en nada más... temiendo no encontrarte...

—Si me hubiesen cortado la mano, yo seguiría aquí —dijo ella.

—No, ya estarías muerta y te habrían tirado por cualquier barranco. Pero el caso es que han conseguido bajar mi guardia y apuesto algo bueno a que me han seguido y, por lo tanto, saben dónde te escondes. —Eso es mucho peor, Justin. Aunque, ¿cómo es posible que vinieran detrás de ti, para encontrarme a mí, si no conocen nuestra relación?

—Helga, Castle es muy listo y tiene gran cantidad de soplones por todas partes. De alguna manera, se ha enterado de que nos conocemos y, sospechando que yo pudiera tenerte escondida, recurrió al truco de la mano para hacerme salir a terreno descubierto.

—Eso parece más lógico —convino ella—. De todas formas, ¿no

se te ocurre cómo contrarrestar este ataque?

Donahue se levantó y fue a una de las ventanas. Oteó el horizonte, regresó al interior, buscó unos prismáticos que tenía en un armario y regresó al observatorio.

—Sí —dijo minutos más tarde—, están allí, a unos trescientos pasos, ocultos entre la arboleda; sólo esperan a que yo me marche para venir a buscarte. —Pero yo no quiero ir con ellos— exclamó Helga, muy aprensiva.

—Y no irás con ellos —garantizó Donahue—. Ted Cornish nos ayudará, ya lo verás.

Dejó los prismáticos a un lado, se apartó de la ventana y fue hacia el transmisor de radio.

—Dentro de una hora estará resuelto el problema —sonrió, a la vez que daba el contacto.

* * *

El ruido del helicóptero quebrantó el silencio de las cumbres. Entonces, Donahue empujó a la muchacha hacia una de las ventanas posteriores. —Anda, ve al lugar que te he indicado y no te preocupes de más— dijo.

Helga, ayudada por el joven, saltó fuera. Luego, Donahue le entregó un pequeño maletín, con algunas prendas indispensables.

—Vamos, corre —la apremió—. Mientras, yo procuraré distraer a ese par de gaznápiros.

Helga desapareció entre la espesura. Donahue sonrió, a la vez que se ajustaba el cinturón.

—Bueno, muchachos, es vuestro turno —dijo a media voz.

Fue al dormitorio y se puso la peluca roja y un vestido. Remangó los pantalones, para que se vieran las piernas, y salió a la puerta de la cabaña, con ademanes lánguidos y displicentes.

—Bien, allí está —dijo Raven.

—¿Y el fulano?

—Se marcha en ese helicóptero, para... ¡Oh, qué diablos importa! —Gruñó el otro—. Vamos, a por ella. Raven y Barrie echaron a correr. Donahue se había retirado ya al interior, quitándose rápidamente la peluca y el vestido. Luego aguardó al otro lado de la puerta.

Segundos más tarde, la puerta se abrió violentamente. Barrie fue el primero en entrar y tropezó con una pierna atravesada, lo que le hizo caer cuan largo era, resbalando un par de metros antes de detenerse. Raven lo vio y quiso frenar su marcha, pero una mano poderosa tiraba ya de su pelo y le hizo entrar más que aprisa.

Raven chilló. La mano giró, retorciéndole el pelo insufriblemente. Por instinto, giró en redondo y entonces se sintió proyectado contra la pared. Su rostro chocó contra el muro y se desmayó en el acto. Rugiendo furiosamente, Barrie empezaba a ponerse en pie. Donahue no se volvió siquiera; estiró la pierna derecha y le asestó un tremendo taconazo en plena boca. El hampón cayó fulminado.

Donahue sonrió satisfecho. Se limpió las manos de un polvo inexistente y luego recogió otra maleta, que Helga había preparado antes. Con ella en la mano, se encaminó hacia la puerta, salió y, tras subir a su coche, arrancó en el acto.

El automóvil de los matones estaba unos cuatrocientos metros más abajo. Donahue se apeó y lo arrojó por un barranco sin el menor escrúpulo. Luego continuó su camino.

Dos kilómetros más adelante, pasó por delante de un coche parado a un lado de la carretera. Vio a sus ocupantes y se sobresaltó.

—Maldición, no van a dejarme en paz... Sus sospechas se confirmaron segundos después, cuando vio que el otro automóvil empezaba a seguir su misma ruta. Donahue tardó algunos segundos en encontrar la solución para evitar la persecución.

Tenía radio en el coche y la puso en funcionamiento.

—Ted —llamó.

—¿Justin?

—Sí. Escucha, estoy en un pequeño apuro. ¿Has aterrizado ya?

—Todavía no.

—Ven a buscarme. Usa la escala. Estoy llegando a la estatal 25 y me dirigiré al Oeste. ¿Entendido?

—Descuida, Justin.

Donahue cerró el transmisor y sonrió plácidamente. Rodaba a menos de ochenta a la hora y no alteró en ningún momento el ritmo de su marcha. Cuando salió a la carretera estatal, vio que el otro coche le seguía puntualmente.

—¿Adónde diablos irá? —exclamó Larsey—. ¡Se aleja de la ciudad!

—Tú síguete y no te preocupes de más. Puede que haya conseguido despistar a los otros dos y así sabremos adónde va y qué pretende hacer —dijo Red Williams.

—De todas formas, no parece tener mucha prisa.

—No te fíes y no lo pierdas de vista, Bitty. Transcurrió casi media hora. De pronto, vieron un helicóptero que se acercaba a la carretera. Williams estudió el aspecto del aparato y pronto se dio cuenta de que no tenían nada que temer.

—No te preocupes, no es de la Policía —dijo.

En el mismo instante, el techo del automóvil de Donahue se abrió. Larsey, estupefacto, vio que el joven salía por el hueco y se ponía en pie sobre el vehículo. Una escala descendió del helicóptero, oscilando ligeramente. Donahue extendió los brazos, se agarró a uno de los peldaños y luego el aparato ganó altura. Boquiabiertos, los dos hampones contemplaron la escena, sin creer en lo que estaban viendo. El coche de Donahue redujo la velocidad, se apartó a un lado y luego se detuvo.

Mientras, el helicóptero había ascendido a un par de cientos de metros de altura. Segundos después, el joven irrumpía en el interior del pájaro mecánico.

—Hola —saludó alegremente—. Gracias Ted. Helga, ¿cómo te encuentras?

—Estupefacta —respondió la muchacha—. ¿Eres acróbata, Justin?

—¿No te lo ha contado Ted? —rió él. Palmeó las espaldas del piloto—. Eres un buen arrugo, Cornish.

—Tu coche está bien —respondió el aludido.

—Gracias, ya iré a buscarlo en otro momento.

—Pero... si lo has abandonado, se habrá estrellado... —dijo Helga, que aún no había salido de su asombro. —Puede ser guiado por control remoto— explicó Donahue.

—Así es, señorita —confirmó el piloto—. Bueno, Justin, ¿qué hacemos ahora?

—Llevarás a Helga al campamento y la tendrás allí una temporada —decidió el joven—. Castle la persigue, ¿sabes?

—De acuerdo. ¿Nada más?

—Oye, ¿cómo podría encontrar a Bill Todhunter?

—Es fácil. Haces una llamada y...

—¿Continúa en el mismo sitio?

—Desde luego. Tiene una afición que parece un buen desodorante: no le abandona jamás —contestó Cornish con una tremenda risotada.

Helga se sintió muy aprensiva.

—No será una afición... «rara» —dijo.

—Según se mire —sonrió Donahue—. Todhunter es experto en escenas macabras, para películas de terror; ya sabes, sangre por todas parte, miembros amputados, cuerpos sin cabeza...

—¡Qué horror! —Se espantó la muchacha—. ¿Puedo saber para qué le buscas, Justin?

—Precisamente para utilizar sus habilidades —contestó Donahue plácidamente.

CAPÍTULO VII

Raven y Barrie parecían dos gallinas mojadas. Williams y Larsey no se sentían mejor. Castle se subía por las paredes y ya había agotado el repertorio de insultos y dicterios contra sus secuaces.

Fall entró de pronto, apoyado en un bastón.

—Jefe, ahí está Hundry —informó.

—Bien, dile que pase.

Hundry entró momentos después. Era un sujeto bajo, de mirada huidiza y vestido con pretenciosidad. El cabello le clareaba ya por la coronilla y al sonreír enseñaba una hilera entera de dientes de oro.

Disgustado, Castle apartó la mirada para no contemplar aquella centelleante dentadura superior, que le dañaba las retinas.

—Mel, necesito una bomba —dijo.

—Sí —contestó el dinamitero lacónicamente.

—Los muchachos te indicarán dónde debes ponerla. —Le costará tres mil «pavos»— dijo Hundry sin alterar la expresión de su rostro.

—O. K. ¿Será seguro?

—Puedo ponerla en cualquier parte y hacerla estallar al segundo.

—Magnífico, pero no me falles...

—¿Qué quiere usted? ¿Susto o eliminación?

—Nada de susto. ¡Quiero que lo envíes al infierno!

—Muy bien. Son dos mil dólares más.

Castle abrió la boca, pero comprendió que era mejor no protestas y no asintió. A fin de cuentas, Hundry era único en su especialidad.

—Conforme. ¿Puedes ponerla hoy mismo?

—Sí, señor. ¿Tiene preferencia por una hora determinada?

—Cuando él esté durmiendo, por ejemplo.

—Muy bien.

Hundry se marchó, acompañado de Larsey. Leckstein llegó a los pocos instantes.

—Ya sé dónde está la chica —informó.

—Estupendo. Es la primera buena noticia que recibo en muchos días.

—Pero no será fácil llegar hasta ella...

—Buzzy, tú dime dónde está y deja lo demás de mi cuenta, ¿eh?

—De acuerdo. La chica se encuentra en el campamento de Ted Cornish... —¿Qué diablos es eso?

—Un centro de entrenamiento para los especialistas que doblan a las primeras estrellas del cine en las escenas peligrosas. No será fácil llegar hasta allí... —Llegaremos, no te preocupes— dijo Castle enfáticamente. Y, de repente vio a Gawns que entraba con una caja en las manos. —¿Qué traes ahí, Big Jack?—. Lo acaban de traer. Es para usted, jefe.

Castle contempló la caja con aprensión. Era un cubo de cartón, envuelto en papel de vivos colores, con un gran lazo negro en la parte superior. La caja medía unos cuarenta centímetros de lado y no parecía demasiado pesada.

Con un solo ojo, miró a Leckstein.

—Apuesto algo a que es la respuesta a la mano —dijo.

Leckstein sonrió.

—Usted dijo que esto empezaba a resultar divertido.

¿La abro?

—No, ya la abriré yo mismo.

Castle soltó el lazo, rasgó el papel, levantó la tapa y lanzó un agudo chillido. Presa de un ataque de horror, retrocedió vivamente, sin darse cuenta de que tenía la piscina a sus espaldas. Cuando quiso advertirlo, ya era tarde.

Sus esbirros se precipitaron para sacarlo del agua. Leckstein se acercó a la caja, para contemplar aquello que había causado tanto espanto a Castle.

También retrocedió. Dentro de la caja había una cabeza cortada, con sangre en la nariz y en la boca y los ojos entreabiertos. Pero lo más horroroso de todo era que las facciones reproducían exactamente el retrato de Castle. De pronto, sonó el teléfono.

Leckstein levantó el aparato.

—¿Castele? —dijo una voz de tonos alegres.

—No, su secretario. ¿Donahue? —Adivinó Leckstein.

—Sí, el mismo. ¿Qué le ha parecido mi envío? Leckstein miró de reojo hacia la piscina. Castle salía en aquel momento, ayudado por dos de sus secuaces. —Tony se lo agradece infinitamente y dice que pronto le enviará otro regalito, aunque esta vez usted no se enterará siquiera— contestó.

Donahue oyó las últimas palabras del secretario de Castle y se quedó muy preocupado.

Castle iba a hacerle otro envío y ahora no se enteraría siquiera. ¿Qué iba a enviarle? ¿Una bala?, se preguntó. Parecía poco probable. Muerto Kavooc, no creía que Castle encontrase otro asesino tan experto, aunque bien podía enviar contra él a dos de sus matones. Pero entonces la cosa se haría demasiado ruidosa.

Un envío, del que no se iba a enterar siquiera... Al abrir la caja, sucedería algo muy rápidamente...

De pronto, se puso rígido.

—Un paquete explosivo —dijo.

Para un entendido, era fácil preparar una carga explosiva, que detonase al levantar la tapa de la caja, por ejemplo. Claro que él conocía perfectamente las contramedidas y no se dejaría sorprender.

Pasó el resto del día aguardando a un mensajero que no llegó. Al hacerse de noche, se preparó algo de cena y, al cabo de un rato, se acostó. Pese a sus preocupaciones, consiguió dormirse.

De repente, despertó sobresaltado. Una mirada al reloj luminoso de pulsera le dijo que faltaban escasos minutos para la medianoche.

¿Por qué había despertado tan pronto? Su mente trabajó con febril actividad. No podía quitarse el explosivo de la cabeza. Pero no era necesario que se lo enviaran con un repartidor de agencia.

Bruscamente, saltó de la cama y miró debajo. Entraba algo de luz por la ventana y vio la caja negra de la que brotaba un debilísimo tic tac.

Alargó el brazo y la arrastró hacia sí. Levantó la tapa con gran cuidado y divisó un reloj, conectado a un par de cartuchos de dinamita. El reloj había sido dispuesto para que la carga hiciera ignición a las doce en punto. ¡Y faltaban escasamente cincuenta

segundos para que se cumpliera el plazo!

Con el explosivo en las manos, corrió hacia el exterior.

Cuando asomaba a la puerta, vio un coche parado junto a la acera.

Un hombre fumaba tranquilamente tras el volante.

Donahue corrió hacia él, ocultando la caja a la espalda.

—Eh, amigo... —dijo. Hundry se volvió.

—¿Desea algo? —sonrió.

—Creo que esto es suyo —exclamó Donahue.

Y lanzó la caja al regazo del sujeto.

Hundry emitió una interjección. Donahue retrocedía ya a la carrera. Diez pasos más allá, saltó en plancha un seto, cayó al suelo, rodó varias veces sobre sí mismo y quedó encogido, cubriéndose la cabeza con las manos. El dinamitero se dio cuenta de que le habían devuelto los explosivos. Cuando alzaba la caja para tirarla a través de la ventana, se produjo la explosión.

El techo del automóvil saltó por los aires. Donahue oyó ruido de planchas desgarradas y vidrios que volaban pulverizados. Cautamente, se arrastró por la hierba, entró en su casa y simuló haber sido despertado por la explosión.

Desde la ventana contempló los destrozos que la bomba había causado en el vehículo. El techo estaba a quince pasos de distancia y el costado derecho aparecía en el suelo, desplazado por la onda explosiva. En el asiento delantero había unos pingajos sanguinolentos. Encendió un cigarrillo. Sabía lo que iba a pasar a continuación. El teniente Miles no tardaría en aparecer.

De repente, se le ocurrió una idea.

* * *

—Bueno, ya no hay testigos contra Foley —dijo Leckstein al día siguiente.

Castle sonrió, satisfecho.

—Me pregunto por qué la bomba estalló fuera y no dentro de la casa —expresó, intrigado.

—Parece que un testigo vio a Donahue salir corriendo con algo en las manos. Debió de descubrir la bomba y quiso entregársela a Hundry, pero entonces se produjo la explosión...

Castle inclinó la cabeza.

—Paz a su alma —dijo con hipócrita compasión.

—Y también para la de Hundry —sonrió el secretario—. Jugar con dinamita es malo. Tarde o temprano, te explota en las narices y... Bien, ¿qué hay de la chica? —La tenemos perfectamente localizada. Lo que se precisa es sacarla de allí sin despertar sospechas—. Lo haremos inmediatamente después del juicio, Buzzy.

—Sí, pero ¿cómo?

Castle se echó a reír.

—Será muy divertido —contestó—. Le haremos creer que Donahue está vivo, que sólo fue un truco de la Policía para protegerle de otros atentados.

—¿Se lo creerá?

¿Por qué no? Parece lógico, digo yo.

Leckstein se abstuvo de expresar sus dudas al respecto. —El caso es que venga con nosotros otra vez— gruñó—. Si repitiese todo lo que sabe...

Sintió un escalofrío. Castle lo iba a pasar muy mal en tal caso, pero él no quedaría mucho mejor parado. —De acuerdo, pero lo haremos antes de que concluya el juicio. Así lo creerá con más facilidad— dijo al cabo. —Perfecto. El lunes, a las cuatro de la tarde — decidió Castle finalmente.

* * *

El acusado permanecía, más que tranquilo, ufano y hasta desafiador. Nada de lo que se había dicho hasta entonces en el tribunal podía perjudicarle. En cuanto al testigo que podía condenarle, estaba muerto. Le absolverían, no había ya dudas al respecto. Castle estaba entre el público, en un lugar discreto, acompañado de algunos de sus secuaces más conspicuos. Todo marchaba a la perfección; Leckstein se encargaba de la defensa y estaba tan seguro de conseguir la absolución de su defendido, que no había objetado a ninguno de los jurados, por lo que el juicio estaba desarrollándose con una rapidez sin precedentes.

Inesperadamente, el fiscal dijo:

—Llamo a declarar a Justin Donahue.

Leckstein abrió la boca estúpidamente. Castle saltó en su

asiento. Lo que había ideado como mera hipótesis resultaba ser real y auténtico.

Sin embargo, y por si otros métodos fallaban, Leckstein había preparado su defensa en base a una supuesta confusión del acusado con el verdadero asesino. Rehaciéndose, decidió echar mano del truco. Donahue prestó juramento y el fiscal le preguntó si reconocía en el acusado al hombre que había dado muerte a Timmerman.

—Sí, señor, es ése —señaló el joven con mano firme.

Leckstein se levantó en el acto.

—¡Protesto, Señoría! —gritó.

—¿Puede saberse el motivo de su protesta, señor defensor? —preguntó el juez.

—Sí, Señoría. El testigo reconoció a un hombre muy parecido, cuando en la Jefatura de Policía le mostraron varios retratos de delincuentes. Indicó a mi cliente, pero el hombre que mató a Timmerman no se parece en absoluto al acusado.

Era cierto Durante su encierro, Foley se había sometido a una dieta rigurosa y había perdido más de quince kilos. Además, se había dejado barba y bigote y estaba irreconocible.

—Perdón —intervino Donahue cortésmente—. El acusado, ¿es o no Rugg Foley?

—¡Pues claro que lo es! —respondió Leckstein—. Eli, usted es un testigo y no puede hacer preguntas...

Considérela hecha por mi —dijo el fiscal—. Sí, el acusado es Foley —reconoció Leckstein de mala gana.

Donahue se volvió hacia el juez.

—Ruego a su Señoría que me disculpe, pero quiero hacer una aclaración sobre este asunto —dijo.

—De acuerdo —accedió el juez.

—Es irregular —protestó Leckstein.

El juez dijo:

—El testigo está aquí para dar testimonio de lo que vio. Si ese testimonio fuese falso, se procedería contra él, de acuerdo con la ley, pero hasta que se demuestre esa supuesta falsedad, el testigo tiene pleno derecho a declarar todo cuanto sepa concerniente al caso que nos ocupa. Continúe, señor Donahue.

—Gracias, Señoría —dijo el joven—. Es cierto que el acusado ha cambiado de aspecto radicalmente y que en realidad, yo no debería

reconocerlo como autor de la muerte de Timmerman. Pero el aspecto actual poco importa si se tiene presente el que ofrecía cuando disparó contra la víctima.

«Aquel día yo aguardaba a una joven con la cual estaba citado. Pensaba darle una sorpresa, tomándole unas fotografías sin que ella lo supiera, mediante una cámara de revelado instantáneo. La dama —sonrió Donahue— hizo honor a la mayoría de las de su especie y se retrasó muchísimo, lo cual me permitió no sólo presenciar el crimen, sino tomar fotografías del hecho. Aquí están, Señoría».

Donahue se levantó y puso un par de cartulinas sobre el estrado del juez. En la sala estallaron mil rumores. Foley se hundió en su asiento. Leckstein había perdido al habla.

El teniente Miles tenía una sonrisa de oreja a oreja. El fiscal también sonreía.

Castle hervía de furia. En aquel momento, entró alguien y le habló al oído.

—Ya está camino del campamento —informó el recién llegado.

—¿Quién ha ido? —preguntó Castle.

—Jess el *Dandy*. Con su aspecto, ella no dudará en seguirle.

—Está bien.

El mazo del juez golpeó la mesa e impuso silencio.

—Las pruebas aportadas por el testigo imprimen una nueva orientación al proceso, por lo que considero indispensable una suspensión de la audiencia hasta la mañana a las diez. A partir de ese momento, se examinarán las pruebas, que quedarán en poder del fiscal. ¡Se levanta la sesión!

—¡Todo el mundo en pie! —ordenó el ujier.

Donahue se levantó también. Miró a Castle y sonrió. Castle se inclinó hacia Bíg Jack.

—¿Quién podría birlar al fiscal esas dos fotografías? —preguntó.

—Rupey, el Gato —contestó el interpelado.

Prométele dos mil «pavos» si consigue las fotografías. ¡Rápido!

—Sí, jefe, iré a buscarle ahora mismo.

Castle se puso un cigarro entre los dientes. Fijó la vista en Donahue y sonrió.

Donahue, por contra, se puso serio. «¿Qué estará tramando ahora ese lagarto?», se preguntó.

CAPÍTULO VIII

Llegó al campamento, se detuvo unos momentos y contempló los ejercicios que hacían los especialistas. Uno saltaba desde una torre de treinta metros, lanzándose a un gran colchón de aire. Otros galopaban en caballos, desde los que se dejaban caer aparatosamente. Algunos se entrenaban a puñetazos y no faltaban los motoristas que realizaban arriesgadísimos ejercicios.

Jess Halden, alias el *Dandy*, sonrió, a la vez que se ajustaba con afectación el nudo de la corbata. Se apeó del coche y detuvo a un hombre que pasaba por su lado, enrollando un lazo.

—Perdón, amigo. Busco a una chica llamada Helga Kyrth —dijo.

—Está en aquella *roulotte*, la de color blanco, naranja y azul —contestó el interpelado.

—Muchísimas gracias —contestó Halden con un máximo de cortesía.

Llegó a la *roulotte* y tocó con los nudillos en la puerta. La figura de Helga se recortó instantes después en el umbral.

—¿Sí?

Halden se destocó galantemente.

—¿Señorita Kyrth?

—En efecto...

—Soy Jess Halden. Tengo que comunicarle algo importante. Justin está vivo. Ella se estremeció.

—No...

—Es cierto —confirmó el hampón—. Se simuló su muerte para que pudiera acudir al juicio contra Foley. Ahora está aguardando a que le citen para declarar; por eso no ha podido venir a decírselo en persona. ¿Quiere que la lleve a su casa, si no tiene usted inconveniente? Helga vaciló. Halden emitió una de las sonrisas que

le hacían tan atractivo a las mujeres.

—Tengo su coche —añadió.

Fue suficiente para que Helga se decidiera. Sin pensárselo dos veces, saltó de la *roulotte* y echó a andar resueltamente.

—Vamos, señor Halden —dijo.

—Puede llamarme Jess —sonrió el sujeto.

—¿Cómo está él? ¿No ha sufrido ningún daño? —Justin se encuentra en perfecto estado de salud y no tiene el menor rasguño —contestó Halden.

Había sido una buena idea la de robar el coche de Donahue, pensó, mientras accionaba la llave de contacto. Aquélla era la prueba que convencería a Helga, reacia a creerle de otra manera. Castle se iba a poner muy contento.

Pero, a los pocos momentos, Halden cambió de opinión.

Sabía lo que representaba aquella joven para Castle. Realmente, valía millones... «Y a mí me van a pagar con una miseria», se dijo, repentinamente enfurecido. ¿Por qué no intentar sacar una tajada mayor del asunto?, se dijo.

Si a Castle le interesaba tanto la chica, pagaría por ella un buen rescate. «Ya lo creo que pagará», pensó, satisfecho de su idea. Doscientos de los grandes o nada. Podría desaparecer de la ciudad para siempre y establecerse... Bueno, no importaba; con doscientos mil dólares, podía ir muy lejos, sin que Castle pudiese encontrarle jamás.

Animado por tales propósitos, desvió su itinerario en la primera ocasión que se le presentó.

—¿Adónde vamos? —preguntó Helga.

—Justin ha encontrado otro escondite mucho más seguro y quiere que esté allí hasta que haya pasado el peligro —respondió Halden desenvueltamente.

* * *

Donahue salió del tribunal y lo primero que advirtió fue la falta de su coche. Entonces, sin poder contenerse, lanzó un fuerte juramento.

—¿Qué le sucede? —preguntó el teniente Miles, que estaba a su lado.

—Me he convertido en un peatón —contestó el joven—. Es decir, me han robado el coche...

Miles elevó los brazos al cielo.

—¡Qué tiempos! —clamó—. Ya no se respeta nada... ¿Quiere que lo comunique a la División de Tráfico? Donahue frunció el ceño. La falta del automóvil le preocupó de pronto, sin saber por qué. Aunque tenía un motor más potente de lo normal, su aspecto era completamente corriente, aparte de que disponía de algunos elementos nada comunes. Le desagradó la idea de que algún jovenzuelo desaprensivo pudiera divertirse con el vehículo y luego lo abandonase destrozado en alguna parte.

Pero también podía suceder otra cosa.

—Teniente, esto no me gusta nada —dijo al cabo de unos instantes—. Castle no se ha salido con la suya y es seguro que van a condenar a Foley. Temo que trate de jugarme una mala pasada.

—Podría ser, en efecto —convino el policía—. Mire, llamaré ahora mismo a los de Tráfico y les diré que lo busquen con preferencia a otros coches, pero que no lo toquen cuando lo encuentren, hasta que haya sido revisado por los de Explosivos. Y si éstos no ven nada, lo llevarán al taller de la Policía, para que le hagan una revisión completa de frenos, dirección y de lo que sea.

¿Le parece bien?

—Estupendo, teniente. Le daré la matrícula... Momentos después, Miles lanzaba el aviso por la radio de su coche. Luego se ofreció para llevar al joven a su casa.

—No tengo otro remedio que aceptar —dijo Donahue con una sonrisa de circunstancias.

Miró a su alrededor. Castle y sus secuaces se habían marchado hacía rato. Resignado, entró en el coche del policía y se repantigó en el asiento.

—Tiene usted redaños, Justin —dijo Miles—. No hay muchos que hubieran hecho lo que usted, sabiendo lo que se les podía venir encima.

—Tengo una cuentecita particular con Castle —respondió el joven, ceñudamente—. Sigue libre, pero un día tendré la inmensa alegría de verle entre rejas para el resto de sus días.

—Será difícil..., pero ¡Dios le oiga! —exclamó Miles fervorosamente.

Donahue llegó a su casa y se dispuso a darse una ducha.

En aquel momento sonó el teléfono.

Era Cornish.

—Justin, la chica no está —dijo—. ¿Has enviado tú a alguien a buscarla?

Donahue respingó.

—No, en absoluto —respondió—. ¿Por qué se ha ido? —Lo siento, no sé nada. Se marchó con alguien que vino a buscarla, precisamente en tu coche. Por eso no receló nada ella ni tampoco quienes la vieron marcharse con su acompañante. Supusieron que sería algún amigo de confianza...

—No envié a nadie a buscarla y el coche me lo han robado. ¿Sabes lo que eso significa?

—La han secuestrado —exclamó Cornish—. Justamente, y como sé quién lo ha hecho, voy a obligarle a que la suelte, aunque para ello tenga que cortarle en pedazos —dijo el joven coléricamente.

Colgó el teléfono y corrió hacia la puerta. —Maldita sea, ¿por qué no se me habrá ocurrido comprarme otro coche?— se lamentó, cuando salía a la calle en busca de un taxi.

* * *

Castle llegó a su casa en un estado próximo a la locura, debido a la furia que le había producido el desenlace del juicio. La audiencia no había terminado, pero era fácil adivinar lo que el jurado iba a decidir respecto a Foley. El Gato no aparecía y no había otro capaz de robar las fotografías al fiscal.

Lo peor del caso era que ya no podía vengarse de Donahue. El joven se había salido con la suya y hasta le había burlado, al hacerle creer que había muerto en la explosión, a la vez que Hundry. Se había dejado engañar miserablemente y no podía hacer nada para remediarlo.

Lackstein llegó poco después y le dio una noticia nada agradable.

—Rugg quiere que le saquemos como sea —dijo—. De lo contrario, soltará la lengua.

Castle miró de hito en hito a su secretario y abogado. —Hay muchos medios de tapar una boca— contestó tensamente.

—Puede resultar peligroso, Tony.

—Lo resultará para Rugg. Mira, ve a verle y di que tenga un poco de paciencia durante algún tiempo...

Siempre me fue leal, el más fiel de todos.

—Es inútil. Ya se lo dije y no quiso ni oírme. Lo único que le interesa es salir libre como sea o empezará a hablar. Ha sido muy claro: «Si me hundo yo, nos hundimos todos».

Castle apretó las mandíbulas.

—Entonces, se hundirá él solo —decidió.

En aquel instante sonó el teléfono.

—Castle —gruñó el sujeto.

—Hola, jefe. Tengo a la chica —dijo Halden.

—Pedazo de... ¿Por qué no la has traído aquí?

—Verá, jefe...

—¿Le ha pasado algo? —bramó Castle.

—Oh, no, no es eso... —Halden echó una mirada de reojo a la muchacha, sentada en una silla, a la cual había sido atada con los cordones de unas cortinas—. Es que esa dama puede ahorrarle a usted unos cuantos millones y yo he pensado que podría darme un piquillo de esa suma. Digamos doscientos de los grandes, ¿eh? Castle se quedó sin habla al comprender las intenciones de su esbirro.

—¿Quieres decir que la has secuestrado... y que tengo que pagarte doscientos mil por su rescate? —Exactamente, jefe. Tiene veinticuatro horas de tiempo para preparar el dinero. Mañana le llamaré para decirle cómo, dónde y cuándo ha de hacerse el intercambio. Ya sabe, la chica a cambio de los doscientos mil. Adiós. Castle se ahogaba de rabia.

—Ese condenado hijo de zorra ha secuestrado a Helga y me pide doscientos mil... —Apenas si podía hablar de la furia que le devoraba—. ¿Has oído, Buzzy?

Leckstein asintió.

—El *Dandy* fue siempre un tipo muy listo, aunque menos de lo que se imagina —sonrió.

—¿Por qué dices eso?

—Por la sencilla razón de que sé dónde puede haber escondido a la muchacha. Halden tiene un apartamento secreto, donde lleva a ciertas damas que le gustan y de cuyos encantos no podría disfrutar

en su propia casa... porque tiene esposa y dos hijos y le gusta aparentar ser un honesto ciudadano.

—Buzzy, ¿cómo sabes tú ese detalle? Porque yo lo ignoraba...

—Es que usted no le ha pedido nunca la llave de ese apartamento —contestó Leckstein riendo.

—Entiendo. —Castle se echó a reír, a la vez que se daba grandes palmadas en los muslos—. Buzzy, eres genial. A veces me pregunto qué haría yo sin ti... ¡Bitty, Red Big Jack! —tronó Castle repentinamente.

Los tres nombrados se presentaron en el acto.

—¿Jefe? —dijeron a coro.

—Ese cerdo de Halden se ha quedado con la chica —dijo Castle—. Vamos a rescatarla y, en cuanto a él, lo dejaremos en condiciones de que no vuelva a mirar más a nadie, ¿entendido?

—¿Hay que cortarle algo especial, jefe? —consultó Williams.

—¡El cuello! —rugió Castle.

Y, en aquel mismo instante, se produjo un tremendo alboroto en la entrada. Dimmo Fall lanzó un grito de dolor y luego llegó a la terraza, resbalando por el suelo.

Chocó contra una silla y se quedó quieto.

Castle, asombrado, empezó a ponerse en pie.

—Pero... ¿qué diablos sucede...?

—Se lo explicaré ahora mismo —dijo Donahue, apareciendo súbitamente en la puerta que daba a la terraza.

El aspecto del joven era terrible. Pese a estar acompañado por sus secuaces, Castle sintió miedo.

—¿Qué... qué es lo que quiere...?

Donahue avanzó hacia él y lo agarró por la pechera de la camisa.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿A qué se refiere, muchacho?

—No se haga el listo, ha secuestrado a Helga Kyrth y la tiene en su poder. Ahora mismo me va a decir dónde está o juro que...

El furor había cegado parcialmente al joven y no se dio cuenta de que Bitty Larsen maniobraba para situarse a sus espaldas, hasta que sintió un fortísimo dolor en la nuca. Notó que se le doblaban las rodillas y que no podía hacer nada para evitarlo, y luego creyó que caía de cabeza a un pozo completamente negro. —Gracias, Bitty—

dijo Castle, arreglándose los desperfectos de la camisa—. Lo tendré en cuenta, créeme.

Miró al caído y contuvo a duras penas los deseos que sentía de darle un buen puntapié. Consiguió tranquilizarse y se volvió hacia Leckstein.

—Nosotros nos vamos a buscar a la chica —dijo—. Tú llama al doctor French y dile que se reúna conmigo en el aeropuerto de North Plains.

—¿Piensas ir a tu... refugio? —preguntó Leckstein.

—Sí, exactamente.

—¿Qué diablos pinta French en todo esto. Tony? —Sabe cómo sacar las palabras a las personas, con un simple pinchazo. Y también sabe hacer olvidar todo lo que han aprendido. ¿Lo entiendes ahora?

Leckstein asintió sin pestañear.

—¿Qué hacemos de este pájaro? —consultó, señalando al inconsciente Donahue.

—Dimmo se queda contigo. Cuando despierte, que se largue... a menos que se ponga pesado. Sabes lo que quiero decir, supongo.

—Desde luego, Tony.

—Bien, entonces, no perdamos más tiempo. ¡Vamos! Seguido de sus esbirros, Castle se precipitó hacia la salida. Leckstein se sentó en una butaca y, después de servirse una copa, contempló pensativamente la inerte figura que yacía a sus pies.

Presentía un cambio de viento y no precisamente favorable a sus intereses. Empezó a pensar en la mejor forma de salir indemne de la tempestad que, en su opinión, se avecinaba inexorablemente.

CAPÍTULO IX

Colgó el teléfono y se volvió satisfecho hacia la prisionera.

—Lo siento, preciosa —dijo—. Castle te quiere por lo que sabe y yo por lo que vales.

—Doscientos mil —murmuró Helga.

—Ni un centavo menos.

—¿Pagará...? —dudó la muchacha.

Halden asintió.

Le conviene. Tú vales mucho más —contestó—. Perdona la incomodidad, pero eres el único medio de salir de esta miseria.

—Oh, no se preocupe, me encuentro estupendamente —dijo Helga, sin perder la calma.

Ya se le había pasado la sorpresa de saberse raptada y había llegado muy pronto a la conclusión de que no valía la pena hacerse reproches por un comportamiento imprudente. Lo que ahora importaba era salir de aquel apuro lo mejor posible.

Tenía las manos a la espalda y tanteó los nudos discretamente. Si podía entretener a su secuestrador... Tarareando una vieja canción, Halden fue a la cocina y empezó a prepararse algo de comer. Helga insistió en sus esfuerzos. De pronto, sonrió.

Halden no era tan listo como parecía. O quizá carecía de la habilidad necesaria. Los nudos no habían sido bien hechos.

Lenta, tenazmente, trabajó con las manos, tomándose de cuando en cuando algún momento de reposo. Halden se asomó en una ocasión, con un plato en una mano y un tenedor en la otra, y la boca llena. Helga apartó la mirada, asqueada al ver el reguero amarillo que corría por el mentón del sujeto. «Come como los cerdos», pensó.

Halden adivinó sus pensamientos y se echó a reír.

Luego se limpió los rastros de huevo.

—En seguida prepararé café —dijo.

Eructó y se volvió a la cocina. Helga insistió en su labor.

De pronto, sintió que las cuerdas se aflojaban. Hizo un esfuerzo y consiguió liberar las manos.

Inmediatamente, se agachó y empezó a soltar los nudos de los tobillos. Al conseguirlo, se puso en pie. —Silenciadores— ordenó Castle, entre la puerta del apartamento.

Williams y Larsey obedecieron. Gawns se ocupaba de manejar las ganzúas.

La puerta se abrió al fin, en completo silencio. En el mismo instante, Helga cruzaba la sala para escapar. Su sorpresa fue enorme al tropezarse con un montón de gente. Involuntariamente, lanzó un grito.

Halden lo oyó y abandonó la cocina. Cuando llegó a la puerta y vio a varios individuos, comprendió lo que había sucedido y quiso sacar la pistola.

Williams y Larsey estaban delante de él y ya tenían las armas en las manos. A fin de asegurarse, dispararon hasta vaciar los cargadores.

Halden no tuvo la más mínima posibilidad. Durante unos segundos, fue de un lado para otro, zarandeado por los proyectiles que mordían despiadadamente su carne, hasta caer al suelo, en medio de un gran charco de sangre. La atmósfera se cargó con el humo y el olor de la pólvora quemada.

Larsey enfundó su pistola.

Lo menos tiene dieciocho agujeros —dijo fríamente—. Sí, pero ahí no se puede jugar una partida de golf —rió Williams.

Helga, en brazos de Castle, le miró fijamente. El gángster sonreía placenteramente.

—Una bonita sorpresa, ¿verdad? —dijo Castle.

Ella procuró reponerse.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—No tardarás mucho en saberlo, preciosa. Big Jack, átale las manos a la espalda. Busca cinta adhesiva para taponar la boca.

—Sí, jefe.

—Estaré quieta y no gritaré —dijo Helga.

—No me fío —contestó Castle lacónicamente.

Donahue se sentó en el suelo y llevó una mano a la parte posterior de su cabeza. Alguien le arrojó un chorro de líquido frío a la cara. Luego sintió que le ponían un vaso en la mano.

—Beba un poco —dijo Leckstein—. Pronto se sentirá mejor.

El dolor de cabeza empezó a alejarse. Donahue se sintió más aliviado, aunque no cambió de postura. —Voy a marcharme. No me lo impida— dijo torvamente.

—Le conviene escucharme —respondió Leckstein.

—Supongo que será interesante lo que va a decirme —gruñó el joven.

El teléfono sonó en aquel momento.

—Dispense —murmuró el abogado. Levantó el aparato. Era Castle.

—Ya tenemos a la chica —anunció.

—Estupendo —dijo Leckstein.

—¿Has avisado al matasanos?

—Está en camino hacia el aeropuerto, con sus mejunjes.

—Muy bien. Arréglame lo de Foley. —Descuide.

Leckstein colgó el teléfono y sonrió.

—Castle tiene a la muchacha —dijo.

—Voy a romperle el cuello...

—No lo conseguirá si no le ayudo yo.

Donahue miró asombrado a su interlocutor.

—¿Quiere decirme que... va a traicionar a su jefe? Afectadamente, Leckstein simuló quitarse una mota de la solapa de su chaqueta.

—Digamos mejor que quiero salvarme del naufragio —contestó.

—Empiezo a sospechar que quiere proponerme un trato, ¿no es así? —dijo Donahue.

—Algo por el estilo, Justin.

Donahue se levantó y fue hacia una silla. Se sirvió un poco de licor, tomó un trago y luego agarró el sifón y se regó la cabeza generosamente para terminar de despejarse.

—Hable —invitó.

—Sé dónde está la chica —dijo Leckstein—. Mejor dicho, dónde estará hoy mismo antes de que llegue la noche.

—Interesante. Continúe, por favor.

Leckstein explicó lo que había sucedido con el *Dandy*.

Luego continuó:

—La muchacha hablará, puede estar seguro de ello, Justin.

—¿Cómo lo sabe?

—Castle tiene un buen amigo, médico, que es quien le saca de apuros cuando alguno de los chicos resulta herido de bala y no conviene avisar a la Policía. Y ese médico...

Donahue se estremeció. —Dirigirá la tortura— adivinó.

—Sí, aunque sin daño físico.

—No entiendo.

—El doctor French es un virtuoso de la escopolamina, el pentotal sódico y otras drogas que convierten a un mudo en un aspirante a presidente de la nación en época electoral. Esas mismas drogas podrían convertir a Einstein, si viviese, en un labriego analfabeto e ignorante, incapaz de contar con los dedos de la mano y hasta de acordarse de su propio nombre.

Donahue se estremeció al comprender el significado de aquellas palabras.

¿Eso es lo que Castle piensa hacer con Helga? —preguntó.

—Sí, a menos que ella se niegue a cooperar voluntariamente. Aunque, me imagino, después hará que el doctor French se encargue de que ella olvide todo lo que ha pasado.

—Es decir, a pesar de todo, la inyectarán drogas.

—Mucho me temo que suceda como dice, Justin —contestó Leckstein, que en ningún momento había alzado el tono de su voz.

Donahue meditó unos instantes. Luego alzó la vista hacia el rostro de su interlocutor.

—¿Cuál es el trato? —preguntó.

—Yo le indico dónde puede encontrar a la muchacha y usted me garantiza que ella no mencionará para nada mi nombre cuando hable con la Policía —respondió Leckstein.

—Mencionar su nombre será algo inevitable, abogado —dijo el joven.

—El presidente de la nación percibe un sueldo de los impuestos que pagamos y no por eso está complicado en este asunto —sonrió Leckstein.

—Entiendo. Usted quiere que se le desvincule de cualquier

posible asunto comprometedor, aunque tenga que citar su nombre.

—Su facilidad de comprensión es admirable, Justin.

—A Castle no le gustará...

—Ése es mi problema —cortó Leckstein—. En el juicio, se ha iniciado su declive y presiento que ya nadie puede detener la caída.

—Cuando caiga, habrá salpicaduras y usted quiere evitarlas.

—Exacto, Justin.

—Pero habrá que contar con ella, abogado —alegó Donahue.

—¿No se siente capaz de persuadirla?

El joven sonrió.

—Trato hecho —exclamó—. Ahora, dígame cómo puedo encontrarla.

—Muy bien. Escuche...

Cinco minutos más tarde, Donahue se puso en pie.

—¿Puedo usar el teléfono?

—Por supuesto —accedió Leckstein cortésmente. Donahue marcó la primera cifra. En el mismo instante, oyó una exclamación ahogada, a la vez que sentía algo frío en la nuca.

—Deje ese teléfono en su sitio o le vuelo los sesos —amenazó Dimmo Fall.

* * *

Todavía con el auricular en la mano, Donahue miró al abogado y lo vio terriblemente pálido. Fall había surgido poco menos que de la nada, cuando menos lo esperaban y ahora, con una pistola en la mano, era el dueño de la situación.

Lo he escuchado todo —continuó Fall ominosamente—. Al jefe no le va a gustar nada cuando lo sepa.

Hubo un momento de silencio. Bruscamente, Donahue se agachó, doblando las rodillas con un gesto velocísimo. Mientras lo hacía, giró sobre sí mismo y levantó el codo derecho.

Fall resopló al sentir un terrible golpe en el estómago. Todavía tenía que usar el bastón, por el pie herido, lo que disminuía considerablemente sus facultades. Cuando quiso rehacerse, había perdido la pistola y volaba por los aires hacia la piscina.

El joven se incorporó. Leckstein se pasó un pañuelo por la frente.

—He pasado un mal rato horrible —confesó.

—Me lo supongo —dijo Donahue—. Si no le importa, me llevaré uno de los coches de la casa; a fin de cuentas, Castle hizo que robasen el mío. —Las llaves están puestas— indicó Leckstein cortésmente.

El joven echó a correr. Leckstein lanzó una mirada hacia la pistola.

Fall nadaba apuradamente hacia la escalera, situada casi en el otro extremo. Leckstein se inclinó y recogió el arma.

Luego, lentamente, caminó hacia el otro lado de la piscina. Cuando llegó junto a la escalera, Fall se agarraba con ambas manos a los barrotes de ayuda. —Lo siento, Dimmo— dijo Leckstein—; no puedo permitir que se lo digas a Tony.

Fall lanzó un chillido de pánico al ver la pistola encarada directamente a su cabeza.

—¡No, no...! ¡Callaré...!

La bala interrumpió su grito y abrió un redondo agujero en el centro de su frente. Fall extendió los brazos, cayó de espaldas y empezó a sumergirse. Mientras se hundía, un chorrito de líquido rojizo ascendía lentamente hacia la superficie.

Leckstein limpió la pistola cuidadosamente con un pañuelo y la arrojó a la piscina. Luego, con toda tranquilidad, se encaminó en busca de la salida.

Aún le quedaba otro problema: Rogg Foley.

Pero tenía una solución mucho más sencilla.

Consultó su reloj. Todavía tenía tiempo de hacerle una visita antes de que se hiciera de noche.

CAPÍTULO X

El motor del avión roncaba con satisfactoria monotonía. A tres mil metros de altura, podía verse el sol que se hundía rápidamente hacia el océano. En pie, detrás y a la derecha del piloto, Donahue comprobaba los atalajes del paracaídas.

Aunque estaba seguro de que Leckstein había sido sincero en cuanto al lugar donde estaba la muchacha, no se sentía tan seguro, sin embargo, respecto a su sinceridad futura. Tendría que estar prevenido para ello, se dijo.

—Estamos llegando, Justin —dijo de pronto Cornish. Donahue asintió en silencio. Hizo una comprobación más y se acercó a la portezuela.

—Reduciré gases —anunció el piloto.

Era una precaución lógica, a fin de evitar una excesiva presión del viento contra la portezuela. Donahue soltó el pestillo, pero no abrió.

Lanzó una mirada al suelo, que empezaba ya a cubrirse con las sombras de la noche. Se preguntó por qué Tony Castle había de tener una casa de recreo a casi quinientos kilómetros de distancia.

Debía de considerarla como una especie de retiro para casos de apuro, aunque también cabía pensar como una especie de cuartel general para asuntos de importancia. Estaba a menos de veinte kilómetros de la frontera mexicana y no tenía la menor duda de que aquel lugar había sido destino y origen de muchas acciones de contrabando.

La propiedad era lo suficientemente extensa para disponer de pista propia de aterrizaje. Naturalmente, Donahue no podía llegar allí como un viajero corriente; aunque estaba seguro de sus habilidades, no podía olvidar que Castle se había llevado consigo a

tres de sus secuaces y que todos estaban armados hasta los dientes.

El pensamiento de que un desalmado galeno pudiera introducir drogas alienantes en el cuerpo de Helga le hizo sentir de pronto un ramalazo de cólera. Pero se le pasó muy pronto; tenía que conservar la tranquilidad de ánimo para conseguir el objetivo.

Cornish levantó el brazo repentinamente.

—¿Preparado?

—Sí —contestó el joven.

—Chuck Stevens viene atrás con el helicóptero. Bajaré cuando tú se lo indiques.

—Está bien.

El brazo de Cornish se bajó de pronto. Donahue empujó la portezuela y se lanzó al vacío.

Por debajo de él y un poco atrás, divisó unas lucecitas, a tres mil metros de distancia. Extendió los brazos y las piernas, procurando gobernar su caída. El viento rugió en sus oídos.

Descendió velozmente, sin quitar la vista del altímetro de pulsera con cifras luminosas. La oscuridad aumentaba a medida que perdía altura.

La aguja del altímetro se movió velozmente. Cuando la vio en las inmediaciones de los quinientos metros, tiró de la anilla del paracaídas.

La bolsa se abrió y la tela aleteó ruidosamente. Luego se abrió y Donahue sintió un satisfactorio tirón en todo el cuerpo. La casa de Castle quedaba ahora a unos dos mil metros al Sur, respecto a su posición. En el suelo era ya completamente de noche y estaba seguro de que no le verían.

Momentos después, vio acercarse el suelo. Aterrizó sin dificultad, dio una voltereta y se puso en pie inmediatamente. Una vez se hubo liberado del paracaídas, inició la marcha de aproximación al objetivo. Por el momento, permanecía oculto, pero un cuarto de hora más tarde, al remontar una pequeña loma, vio las luces a menos de doscientos metros de distancia.

Leckstein le había hecho preciosas indicaciones acerca de la topografía interior y exterior de la residencia. Esperaba que no le hubiese hecho objeto de un engaño. Las estrellas brillaban fríamente en el cielo. Había la suficiente luz como para acercarse sin dificultad. Acomodó a sus espaldas la bolsa que había llevado

consigo y que contenía algunos adminículos que podían resultarle útiles más tarde. Entre ellos, figuraba un transmisor de radio, que utilizaría apenas hubiese rescatado a la muchacha, a fin de llamar el helicóptero que completaría la operación de rescate.

* * *

Leckstein, sentado ante la mesa, ofreció un cigarro al hombre que había acudido a la sala, escoltado por un par de policías. Éstos se habían retirado y estaban ahora a prudente distancia.

Foley parecía muy abatido.

—Lo tienes mal, Rugg —dijo Leckstein sin más rodeos.

El asesino emitió una maldición en voz baja. —¿Qué le pasa al jefe? ¿Ha perdido facultades?— se quejó—. En otros tiempos, yo no habría estado en la cárcel ni una hora siquiera...

—Los tiempos cambian y el jefe se encuentra en un apuro. Francamente, no podrá hacer nada por ti.

—Eso es imposible, abogado.

—Lo siento, es la pura verdad. Para él, ahora, eres una especie de lastre, del que quiere desprenderse. No levantará un dedo por ti, créeme.

Foley volvió a maldecir.

—Después de todo lo que he hecho por él...

—En esta perra vida no existe la gratitud —filosofó Leckstein cínicamente—. Lo único que interesa es uno mismo, y si no te ayudas tú, nadie te ayudará, créeme. —¿Qué demonios quiere decir?— preguntó el asesino de mal talante.

—Tu asunto tiene un aspecto pésimo. Con sinceridad, después de las fotografías que presentó el testigo, no creo que el juez te aplaste con menos de una sentencia de prisión perpetua. Imagínate la perspectiva, Rugg. Foley se estremeció. Casi estaba a punto de echarse a llorar.

—Toda la vida encerrado... —gimió.

—Podrás evitarlo, en parte, claro, porque nadie te librará de la cárcel. Pero, Rugg, si el jefe se deshace de ti, ¿por qué seguir siéndole fiel? En este mundo, todos tenemos que pensar primero en nosotros mismos.

—No le entiendo...

—Eres duro de mollera —se impacientó Leckstein—. Tony te ordenó que «apiolases» a Timmerman, ¿no es así?

—Sí.

—Había gente delante cuando te dio esa orden.

—Bitty, Red y Big Jack.

—El fiscal podría sentirse comprensivo si declarases que mataste a Timmerman porque te lo ordenó Tony... y porque amenazó con cortarle la cara a tu novia. Hubo un momento de silencio. Foley tenía la vista fija en el abogado.

De pronto, se acordó de su «novia». Era una rubia abundante de carnes y muy ardiente. Se volvía loco sólo de pensar que ya no podría disfrutar de sus encantos.

—Claro —sonrió—. Claro, abogado. Lo diré así y... Tiene que llamar a la chica para que declare lo mismo, ¿eh?

Leckstein sonrió también. Su plan, ideado apenas declaró Donahue, estaba teniendo el éxito esperado. —La chica ha venido conmigo— dijo, a la vez que se ponía en pie—. Mañana, a las nueve, estaré hablando con el fiscal, ¿eh?

—O. K., abogado. Si ese hijo de perra de Tony quiere dejarme en la estacada, yo también le voy a hacer saber lo que es bueno —contestó Foley.

Leckstein se marchó y una mujer entró en el locutorio. —El abogado me ha dicho que tienes muy mal el asunto, Rugg— dijo Erna Carwell.

Foley asintió.

—Puedo salir bien librado, si tú me echas una mano, cariño.

—Las dos, Rugg —contestó Erna.

Llegó junto a la casa y se detuvo en una esquina. Fuera, en la parte delantera, sonaban voces. Asomó la cabeza un poco y vio las estrellas reflejándose en la piscina, situada en el ala Este.

La pista de aterrizaje quedaba exactamente en el lado opuesto, orientada en dirección Norte-Sur. Podía ver la punta del ala del avión, a menos de treinta metros de la casa. Castle y sus esbirros estaban más cerca, en las inmediaciones de la piscina.

De pronto, oyó una voz extraña, aguardentosa:

—Todo listo, Tony.

—¿Seguro, «doc»?

—Seguro. Oye, un traguito...

—Ni hablar. No pienso darle más que agua, hasta que haya terminado con esa prójima. Y no se me pase de dosis, porque me interesa que esté viva, ¿comprende?

—De acuerdo, de acuerdo, aunque una copita... —¡Y un cuerno!
—barbotó Castle. —¿Es que hablo en chino? Café y gracias.

Donahue ya no quiso seguir escuchando. Tenía que actuar rápidamente, antes de que aquel maldito médico inyectase la primera dosis en las venas de Helga. Pensar en la muchacha, convertida en un vegetal viviente, le hizo sentirse enfermo, pero también lleno de furia.

Retrocedió unos pasos. Leckstein le había indicado el lugar donde suponía tendrían encerrada a Helga. Encontró la ventana y sacó una ventosa de la mochila. Después de aplicarla al cristal, golpeó con el dedo; no podía perder tiempo en usar el diamante.

El paso quedó libre. Entró en la casa, apartó las cortinas y, tal como el abogado le había anunciado, allí estaba Helga.

Los ojos de la muchacha se abrieron enormemente al verle. Estaba sentada en una silla, atada con cuerdas y con una mordaza en la boca. Donahue le guiñó un ojo.

—No grites —recomendó.

Le quitó la mordaza en primer lugar y luego, con una navaja, cortó sus ligaduras.

—Justin, ¿existen los milagros hoy día? —rió ella casi histéricamente.

—Bueno, algo parecido —contestó él. La besó en una mejilla y vio una mancha cárdena—. Te han pegado. —Sí, unos cuantos golpes. Pero no insistieron mucho; Castle dijo que tenía otros métodos para hacerme hablar.

—Drogas hipnóticas, muñeca.

—¿Qué dices, Justin?

—Lo que oyes.

Donahue terminó de cortar las cuerdas. Helga intentó levantarse, pero las piernas no le respondieron, porque apenas si circulaba la sangre. Donahue lo comprendió y se arrodilló para friccionarle con fuerza las extremidades.

—Helga, ahora cuando salgamos, corre hacia el Norte. En línea recta, sin desviarte..., ¿sabes encontrar la Polar?

—Sí, Justin. Pero ¿por qué?

—No hagas preguntas y actúa exactamente como te indico. A menos de trescientos pasos, hay una loma. Pasa al otro lado; al pie, verás una especie de zanja, con muchos arbustos. Túmbate allí y aguárdame, ¿entendido?

—Pero me gustaría saber qué piensas hacer...

De pronto, sonaron voces en las inmediaciones. —Maldito matasanos... ¿Por qué dejó caer la jeringuilla?— protestó Castle a grito pelado. —Mi pulso... Si me hubiese dado un trago como le pedía...

Donahue se puso en pie de un salto y empujó a la muchacha hacia la ventana.

—Corre, Helga.

Ella se puso en pie y, aunque con ciertas dificultades, logró caminar Donahue, mientras tanto, corría hacia la puerta.

Ella salió de la casa, justo en el momento en que se abría la puerta. Entonces, Donahue, sabiendo que gozaba de la ventaja de la sorpresa, actuó con devastadora rapidez.

El doctor French entraba el primero, con la jeringuilla en las manos. Donahue se la arrebató y, antes de que el galeno pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, hizo girar la aguja y se la clavó en el brazo izquierdo. Acto seguido, empujó el émbolo a fondo.

French lanzó un grito agudo. Castle, por su parte, tenía la boca abierta y parecía incapaz de reaccionar. Lo menos que podía esperar era encontrarse a Donahue en su propia casa.

El joven sonrió torvamente. Aún tenía la jeringuilla en la mano y, aunque estaba vacía, la utilizó como si fuese un dardo. La aguja se clavó a fondo en la mejilla izquierda de Castle, que empezó a chillar frenéticamente.

Donahue empujó a French con todas sus fuerzas. El médico cayó de espaldas, chocó contra Castle, lo derribó y perneó desesperadamente. Donahue ya no quiso esperar más y corrió hacia la ventana. Castle aullaba desesperadamente, llamando a sus secuaces. El joven salió por la ventana, pero, en lugar de dirigirse al Norte, dio la vuelta completa a la casa, aunque procurando situarse en las sombras en todo momento.

Dentro del edificio reinaba una confusión espantosa.

Donahue, sonriendo para sí, se dirigió sin prisas hacia el avión, un esbelto «Beech-Bonanza», que brillaba plateado bajo la luz de las

estrellas.

Nadie se dio cuenta de que se sentaba ante los mandos hasta que los motores empezaron a toser. Donahue comprobó los controles, vio que todo marchaba bien y dio gases a la vez que metía timones a fondo.

Castle estaba ya fuera y lanzó un desesperado alarido.

—¡Se va con el avión! ¡Disparadle a las ruedas...! Los esbirros corrieron hacia la explanada delantera y empezaron a usar sus pistolas. El avión había dado ya la vuelta y rodaba hacia la cabecera de pista.

Pero Donahue tenía otras intenciones. En modo alguno pensaba despegar con el avión y menos dejando sola a la muchacha. Recorrió unos cuatrocientos metros, viró nuevamente en redondo y volvió a acelerar.

Los motores rugieron. Donahue dejó fijas las palancas de gas. Inmediatamente, se levantó, corrió hacia la portezuela y, tras abrirla, encogido sobre sí mismo, se dejó caer a tierra.

El entrenamiento que poseía le sirvió para aterrizar sin mayores daños. Dio unas cuantas vueltas sobre sí mismo y, al detenerse, se levantó y contempló la enloquecida carrera del bimotor.

Sonrió satisfecho.

—¿Ese hombre se ha vuelto loco? —gritó Williams.

—Pero ¿qué demonios pretende...? —Se aterró Castle.

—¡El avión se nos echa encima! —aulló Larsey.

El bimotor rodaba ahora a unos ciento veinte kilómetros por hora. Los hampones, espantados, se dispersaron en todas direcciones. Segundos después, se produjo el impacto, con un estrépito horroroso. Parte de la casa se hundió. Las alas se quebraron y cayeron y el tren de aterrizaje se rompió. En alguna parte, se produjo una fuga de combustible.

Primero surgió una pequeña Mamita, no mayor que la de un fósforo. Castle lo vio y adivinó lo que iba a suceder.

—¡Va a explotar! —rugió.

Las llamas aumentaron de tamaño. De repente, se vio un gigantesco resplandor, a la vez que se escuchaba una atronadora explosión. El avión y la casa quedaron envueltos en fuego inmediatamente.

Las tinieblas se alejaron en un extenso radio. Fue una desventaja

para Donahue, porque Big Jack Gawns lo vio cruzando la explanada por el borde y tendió una mano hacia él.

—¡Por allí va! —chilló.

CAPÍTULO XI

Ocultada entre los arbustos, Helga oyó los distintos ruidos que le llegaban de la casa y percibió el estruendo de la explosión. Luego pudo ver un rojizo resplandor que llegaba a gran altura, aunque no consiguió divisar las llamas que lo originaban. Esperó, con los nervios en tensión, y casi sin darse cuenta del tiempo que había pasado, oyó crujir de ramajes en las inmediaciones. Calló, a pesar de todo, hasta que oyó la voz de Donahue:

—¡Helga!

—Aquí, Justin...

Donahue se le acercó. Ella le abrazó casi histéricamente. El joven notó el temblor que sacudía su cuerpo.

—Calma, muchacha —dijo suavemente—. Todo ha pasado ya... Bueno, lo peor, pero pronto estaremos completamente a salvo.

Helga no podía hablar. Hipó convulsivamente y lloró.

Donahue le palmeó los hombros.

—No lo has pasado bien —dijo.

—No... Primero aquel tipo, Jess Halden... Castle y sus esbirros vinieron a su casa y lo acribillaron a balazos...

Luego me llevaron con ellos y...

—Está bien, no hables; ya me lo contarás todo. Ahora tengo que hacer algo...

Donahue se separó de la muchacha y, sentado en el suelo, sacó el transmisor de radio.

—Chuck, soy Justin —llamó—. ¿Me oyes bien?

—Claro y fuerte —contestó el piloto del helicóptero—. Dame tu situación...

—¿A qué distancia estás del objetivo, Chuck?

—Unos veinte kilómetros al Sudeste. —Entonces tienes que ver

un resplandor. He incendiado un avión.

—Sí, lo veo.

—Muy bien. Dirígete exactamente al Norte, a unos ochocientos metros. Te haré una señal con la linterna...

¡No, aguarda, no cortes!

Cerca del lugar en que se hallaban, sonaron voces.

—Tiene que estar por aquí —dijo Larsey—. Lo vi correr en esta dirección.

—¡Hay que rastrear todo el terreno! —bramó Castle—. No les dejéis escapar. ¡Tirad a matar en cuanto veáis a alguno de ellos!

—Chuck —dijo el joven a media voz—, la cosa se complica.

—¿Qué quieres que haga, Justin? —consultó el piloto—. Rectifico, por el momento, la primera indicación. Voy a lanzar una bengala a unos cuatrocientos metros más arriba del punto señalado. Es sólo para distraer a estos pajarracos que revolotean a nuestro alrededor. Cuando veas luego la luz de la linterna, baja ya con la eslinga preparada. ¿O. K.?

—¡O. K.!

—Está bien, cierro y corto hasta que te haga la última señal.

Donahue entregó la radio a la muchacha.

—No quiero que se estropee accidentalmente —dijo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Helga.

Repentinamente, se oyó un crujido de ramajes casi donde estaban ellos. Alguien emitió un ahogado grito de miedo.

* * *

Gawns pisó en falso y atravesó los arbustos como una bala. Rodó por la pequeña hondonada y luego se quedó quieto. Pero antes de que pudiera moverse, alguien se le echó encima y le asestó un terrible puñetazo en la mandíbula.

El hampón se desmayó instantáneamente. Donahue le registró. No tenía armas encima. Se mordió los labios; seguramente, había perdido la pistola al caer en la zanja.

De pronto, vio un brillo a pocos pasos de distancia. Dio un salto y se apoderó de un revólver de cañón corto.

—Esto ya es otra cosa —sonrió.

Arrastró el cuerpo de Gawns y lo metió debajo de un matorral

particularmente espeso.

—Quédate aquí y no hables para nada. Volveré antes de un cuarto de hora.

Una voz sonó en las inmediaciones:

—¡Big Jack! ¿Dónde demonios te has metido? Donahue echó a correr, agachado, en silencio. A poca distancia, vio moverse unas sombras, pero no hizo el menor gesto hostil. Se desvió hacia el Nordeste y sorteó algunos arbustos que le salían al paso. Contó el tiempo; cuando pasaron dos minutos, se detuvo y sacó la bengala.

Una luz vivísima se encendió segundos después.

—¡Por allí! —gritó Larsey.

—¡Vamos, hay que cazarle! —vociferó Castle, fuera de sí.

—Seguramente van a venir a buscarle en un helicóptero —adivinó Williams.

Donahue corría otra vez en las sombras, alejándose de aquel enorme círculo de luz blanca. Sonriendo, divisó a los hampones que se movían en sentido opuesto. Uno de ellos empezó a disparar súbitamente su pistola.

—¡Imbécil! ¡Guarda las municiones para cuando llegue el helicóptero! —grito Castle. El joven se lanzó al fondo de la zanja y quedó sentado junto a Helga.

—Hola, preciosa.

—Me están entrando ganas de darte un beso —dijo ella.

—Por mí, no te prives —rió Donahue—. Anda, dame la radio.

Helga se la entregó, pero la retuvo un instante, sin soltarla del todo.

—Justin, dime, ¿siempre es tan agitada tu existencia?

—A decir verdad, el último año había sido más bien aburrida. Pero ahora parece que hay un poco de agitación...

—¡Un poco de agitación! —Calmó la joven—. ¿Qué dirías si no hubiese pasado nada?

Donahue soltó una risita, pero no contestó. Luego puso la radio en funcionamiento.

—Chuck —llamó.

—Veo la luz de la bengala —dijo el piloto—. Cuatrocientos metros al Sudoeste —indicó Donahue.

—Enterado.

—No cierres la radio, Chuck.

Donahue se puso en pie.

—Helga, levántate.

Ella obedeció. Donahue torció el gesto.

—Tendrás que quitarte la falda —dijo—. Cuando todas las chicas jóvenes y esbeltas usan pantalones, tú vestes como en el siglo pasado.

—Me sienta mejor —aseguró Helga—. Estoy más favorecida así.

Pero se quitó la falda, aunque no comprendía por qué se lo mandaba el joven. Entonces, Donahue le puso un arnés en el cuerpo, semejante al de los paracaídas. Luego hizo una señal con la linterna.

—¿Chuck?

—Sí, ya voy. Atento a la eslinga.

El ruido del helicóptero era ya fragoroso y casi en el acto sintieron la presión del viento. Algo osciló en el aire sobre las cabezas de los dos jóvenes.

—Baja dos metros más, Chuck —indicó Donahue. El helicóptero descendió. Donahue sujetó el gancho de la eslinga al arnés. Luego agarró el cable con una mano, por encima de la cabeza de Helga.

—Arriba, Chuck.

Helga se sintió izada en peso. Donahue subía con ella, agarrado a la eslinga con ambas manos. Abajo sonaron gritos y vio unos sonoros fogonazos, pero, si las balas pasaron cerca, no pudo percibir el sonido de los disparos, debido al fragor de las aspas del helicóptero.

Unas fuertes manos la cogieron por debajo de los sobacos segundos más tarde. Vio que Donahue se lanzaba al interior del aparato y entonces la muchacha se sintió desfallecer.

Abajo, en el suelo, Castle disparó y gritó hasta agotar las municiones y quedarse ronco. Luego, molido, exhausto, se sentó en el suelo y escondió la cabeza entre las manos.

—Derrotado... por un aficionado...

Sentía ganas de llorar.

* * *

Donahue entró en el dormitorio de la *roulotte* con una bandeja en las manos. Helga, tendida en el lecho, sonrió desvaídamente.

—El médico del campamento dice que te repondrás en un par de días —sonrió Donahue—. Demasiado tiempo. Estoy bien; he dormido como un leño....

—A pesar de todo, te quedarás en la cama. Te conviene.

Bien, si no hay otro remedio... Justin, ¿qué noticias tienes?

—Se habla de un incendio, en el que ardieron una casa y un avión, aunque la Policía dice que no comprende bien lo que sucedió. Sólo se ha encontrado un cadáver calcinado y al otro lado de la casa.

—El doctor French —adivinó Helga.

—Sí. Castle y los otros pudieron escapar, a lo que parece.

—French quería inyectarme...

—No lo consiguió y eso es lo que importa. Siento que haya muerto, eso es verdad —manifestó el joven—. Pero, de todas formas, era un tipo destinado a acabar mal.

—¿Tú crees?

—Estaba alcoholizado y trabajaba para un sujeto sin escrúpulos como Castle. Tarde o temprano, French se habría ido de la lengua y...

—Comprendo. —Helga tomó un sorbo del café que le había traído Donahue—. Tengo que hacerte una observación —añadió.

—¿Sí?

—A veces... Parece, lo he pensado en más de una ocasión, como si sostuvieras una guerra particular con Castle...

—En cierto modo, así es. Castle hizo asesinar a un buen amigo mío. El mejor que tenía, el que prácticamente me enseñó todos los trucos del oficio.

—El oficio de stunt-man.

—Eso es, preciosa.

—¿Te gustaba?

—Tenía facultades para ello y me ganaba bien la vida, hasta que...

—¿Hasta que...?

—Bien, murió mi único familiar, el hermano menor de mi padre, y me dejó una bonita herencia. Así que decidí tomar me un año de vacaciones.

—Pero luego volverás a tu trabajo.

—Lo dudo. Tengo otro proyecto, Helga.

—¿Puedo conocerlo?

—¿Por qué no? Voy a asociarme con un conocido productor de cine. Es persona de confianza y tiene un gran prestigio. Yo me ocuparé de la parte técnica y... bueno, lo entiendes, ¿no?

—Desde luego. ¿Tienes un empleo para mí?

Donahue sonrió.

—¿Quieres que utilice las excepcionales facultades de tu cabeza de oro?

—Tengo que trabajar para vivir —se defendió ella. El joven hizo un gesto de aquiescencia y se inclinó hacia Helga. La besó levemente en los labios y luego se incorporó.

—Hablaremos de tu empleo en otro momento, con más calma —dijo.

De pronto, se abrió la puerta de la *roulotte*.

—¡Eh, Justin! —gritó Stevens—. Te llaman al teléfono. Es Audrey Hersten y dice que se trata de algo importante.

—Muy bien, ya voy. Hasta luego, Helga. La joven sonrió. Le gustaba Donahue tan apuesto, tan seguro de sí mismo... tan valeroso y capaz de arriesgar su vida por ella sin tener la menor obligación. El hecho de que Donahue estuviese resentido con Castle no rebajaba un ápice sus méritos, pensó.

Donahue llegó al teléfono y se lo aplicó a la oreja.

—¿Audrey?

—Tengo noticias para ti —dijo la mujer—. Erna Carwell ha estado a verme.

—¿Erna Carwell? —repitió Donahue—. No la conozco...

—Trabajó algún tiempo conmigo, en la barra. Luego lo dejó, porque se lió con Rugg Foley, quien la mantenía. Erna se chifló por ese asesino y lo malo es que continúa así.

—Mala suerte para ella. Lo condenarán a cadena perpetua.

—No lo creas. Erna dice que Foley va a «cantar». El abogado se lo aconsejó, diciéndole que... Cuando Audrey terminó de hablar, se sintió estupefacto.

—¿Es posible?

—Sí. Comprenderás que Foley trate de salvarse del naufragio con el menor daño posible. A Castle no le gustará y Erna se siente un poco aprensiva. Por eso vino a pedirme consejo.

—Si está ahí, dile que venga a nuestro campamento; aquí estará

segura... porque ya no habrá otro *Dandy*, ¿entendido? —Sí, Justin, se lo diré ahora mismo.

Donahue colgó el teléfono. De pronto, vio a un hombre parado a poca distancia.

Cornish y Stevens, ambos armados, lo vigilaban celosamente. Bitty Larsey tenía los brazos en alto. —El jefe desea verle, Donahue — manifestó el hampón—. Quiere firmar la paz y establecer un pacto con usted.

CAPÍTULO XII

Donahue vaciló un momento. Cornish hizo un movimiento negativo con la cabeza. Sin embargo, el joven pensó que no podía perder gran cosa hablando con Castle. Además, quería darle una noticia que, seguramente y dadas las circunstancias, desconocía todavía.

—Muy bien —se decidió al cabo—. Pero impondré mis condiciones.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Larsey—. Chuck, regístralo —ordenó el joven—. Bitty, ¿ha venido acompañado?

—No. Vine yo solo, en prueba de buena fe... Stevens quitó una pistola al hampón y la tiró a un lado; Donahue señaló la cabina telefónica. —Llame a Castle y dígame que cuando llegue, quiero que estén todos en mangas de camisa y las armas en un lugar donde yo pueda verlas. No quiero trucos sucios, ¿estamos?

—Sí, señor.

—Tienen que estar todos...

—Eso será un poco más difícil —contestó Larsey—. Falta Dimmo y no sabemos dónde está. Donahue meditó unos instantes. Había arrojado a Fall a la piscina, pero ya no había visto más. Leckstein y Fall se habían quedado solos y en aquel instante, sospechó lo ocurrido.

—Muy bien, no importa —dijo—. ¡Al teléfono! Larsey actuó obedientemente. Minutos más tarde, se volvió hacia el joven.

—El señor Castle está de acuerdo y todo se hará como usted quiere —informó.

—Perfectamente. Ted, Chuck, cuidado de la muchacha —rogó Donahue.

—¿Piensas que entre a formar parte de la «troupe»? —rió Cornish.

—En todo caso, será una «troupe» de dos —contestó el joven alegremente. Momentos más tarde, viajaba rumbo a la residencia, un Castle, plácidamente sentado junto al conductor, que parecía muy impresionado—. No lo entiendo —dijo Larsey, pasados unos minutos—. Teníamos todos los medios, disponíamos de cuanto era necesario y no hemos podido con usted. Me preguntó si no será usted una especie de «Superman»...

—Nada de eso, Bitty —respondió Donahue—. Sucede que estáis acostumbrados a actuar según ciertos patrones, con una especie de rutina, de la que no sabéis salir, porque pensáis que todo el mundo es más o menos como vosotros y, claro, os desconcertáis en cuanto alguien hace algo que se sale fuera de lo común. Vamos, que tenéis un programa establecido y no sabéis hacer nada fuera de lo corriente.

—Sí —convino Larsey pensativamente—, algo de eso debe de ser. De otro modo, usted no...

Meneó la cabeza.

—¿Sabe?, estoy pensando en dejar este oficio —añadió.

—Más te valdrá. Acabarás muy mal. Como tu jefe. —¿Piensa usted...?— dijo Larsey aprensivamente. —Espera un poco y lo sabrás— respondió Donahue, evasivo.

* * *

—El trato es: un millón de dólares para la chica por su silencio total —dijo Castle. Señaló con una mano a Leckstein—. El redactará un contrato que, sin mencionarse el asunto, pueda ser utilizado un día como arma lega, para el caso de que ella decida romper el acuerdo.

Todos los hampones, incluido Leckstein, estaban en mangas de camisa. Sobre una de las mesas, Donahue vio cinco armas de fuego: dos pistolas y tres revólveres.

Donahue guardó silencio unos momentos. Cinco pares de ojos le contemplaban expectantemente.

—¿Y bien? —dijo Castle, impaciente.

—¿Por qué me ha elegido a mí? —quiso saber el joven.

—Primero, sabe dónde está ella. Segundo, es muy amigo suyo. Tercero, quizá piense en compartir el millón de dólares con la

muchacha —explicó Castle.

—¿Puede pagar esa cantidad?

—No es por presumir, pero, si se precisara, podría pagar diez veces más. Claro que un millón de dólares es más que suficiente y... ¿Acepta?

—¿Tiene miedo de Cabeza de Oro?

—Temo su privilegiada mente.

—Pero, aunque ella hablase, sin los libros... —Si la chica hablase y sólo mencionara digamos un par de «asientos» no pasaría nada. Pero en cuanto empezase a mencionar puntualmente nombres, fechas, cantidades y demás, y declarase decenas y decenas de anotaciones, empezarían las investigaciones y estallaría el escándalo. Puede que yo consiguiera eludir la cárcel, pero representaría mi ruina. Y, hasta ¿quién sabe?, alguno de los perjudicados podría sentir la tentación de contratar a un asesino profesional. Propuso pensar en todo, Donahue.

—Menos en algunos de mis trucos —sonrió el joven.

—Ahora ya le conozco. Le resultaría difícil derrotarme en un nuevo encuentro —declaró Castle sin alterarse.

—Tal vez.

Castle sonrió.

—El intercambio de envíos, en cierto modo, resultó divertido. ¿Qué? ¿Firmamos la paz?

Donahue calló. El gánster pareció adivinar sus pensamientos y levantó una mano.

—Sé lo que le sucede —dijo—. Está acordándose de Willoughby y sé que era un buen amigo suyo y que quiere vengarle. Bien, es hora de que sepa quién era su mejor amigo. Trabajaba para mí, aunque no se lo crea. No murió porque me debiera dinero, como dio a entender. Una vez al mes, por lo menos, y si usted empieza a recordar fechas, sabrá que le digo la verdad, hacía un viaje a México, desde mi aeropuerto privado, y traía el avión atiborrado de «hierba». Un buen día, sin embargo, estimó que le pagaba poco y me pidió más dinero. No era cierto; cobraba diez mil dólares por viaje, pero si le pagaba más, ¿dónde estaba mi beneficio? Donahue miró al cínico individuo que tenía ante sus ojos y supo que le decía la verdad.

Pero, a pesar de todo, no podía aceptar el pacto que le

proponían.

—Lo siento —dijo al cabo—. No hay trato.

* * *

El rostro de Castle se congestionó y pareció que iba a estallar.

—¿Qué? —gritó—. ¿Acaso quiere más dinero? ¿Le parece poco un millón de dólares? Debería saber que yo podría quitarle de en medio, sin que me costase un céntimo...

—Ya lo ha intentado y fracasó, y si no, que se lo pregunten a Kavoooc y a Hundry, en el otro mundo, claro —contestó el joven sin pestañear—. Pero, insisto, no hay trato.

—Entonces, ¿qué diablos quiere? ¡Conteste, deme alguna explicación! —bramó el sujeto.

—No quiero nada. Tony.

—El diablo me lleve si le entiendo... ¿Qué rayos pretende, Donahue?

—Su ruina —dijo Donahue sin alterar el tono de su voz.

—¡Mi ruina! —Castle lanzó una sardónica carcajada—. Muchos lo han intentado, pero nadie lo consiguió.

—Esta vez será suficiente.

—¿Lo dice porque piensa hacer hablar a Cabeza de Oro?

—Eso vendrá, tal vez, más tarde. Antes será otro el que hable: Rugg Foley.

Leckstein se atiesó. Donahue lo observó con el rabillo del ojo. Debía estar prevenido para cualquier reacción por parte del secretario, se dijo.

—Foley no hablará —aseguró Castle roncamente—. Se equivoca. A estas horas, es posible que haya hablado ya con el fiscal para hacer un trato que le permita una sentencia más benévola. Usted puede imaginarse qué clase de trato puede ser.

—¡Eso es imposible! —aulló el gángster—. Foley me es absolutamente fiel.

—El sentimiento de fidelidad desaparece cuando uno se enfrenta con la perspectiva de verse encerrado en la cárcel toda la vida. Foley decidió hablar, eso es todo.

Los puños de Castle se crisparon.

—No lo creo... Alguien tiene que haberle convencido para que

«cante». Y usted no pudo ser...

Buzzy, dile que miente. Foley no hablará. —En efecto, no fui yo quien le convenció para que hablase— dijo Donahue plácidamente.

Hubo un momento de intenso silencio. Los ojos de Castle fueron hacia Leckstein, cuyo rostro estaba cubierto por una palidez de muerte.

—Tú, maldito traidor... Tú me has traicionado...

—No, Tony, espere... Deje que me explique... —suplicó el secretario.

—Sí, fue él —confirmó el joven.

—¡Hicimos un trato! —gritó Leckstein sin poder contenerse.

—Lo siento, pero fue un trato bajo la base de la discreción. Yo no he quebrantado el silencio. Foley se lo dijo a su chica, su chica a una amiga, ésta me lo dijo a mí... Oiga, Buzzy, lo extraño es que no lo hayan anunciado ya en las páginas de «Demandas y Contactos Personales» de los diarios. Además, estoy seguro de que eliminó a Dimmo Fall. Aún vivía cuando yo me marché de esta casa, ¿lo recuerda?

—Entonces, por eso falta —dijo Castle—. Sí, seguramente. Es posible que esté enterrado por algún rincón de este mismo jardín —dijo Donahue.

Repentinamente, Castle lanzó un aullido de fiera y se precipitó sobre la mesa donde estaban las armas.

Agarró un revólver y se volvió hacia el abogado.

Leckstein chilló y se cubrió la cara con las manos. Los dos primeros balazos se las atravesaron y penetraron en su cráneo. Cuando caía, Donahue estaba ya junto a Castle y le golpeó duramente en la muñeca.

El revólver saltó por los aires. En el mismo instante, se oyó una voz autoritaria:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Las manos arriba o empezamos una buena batallita! —dijo el teniente Miles, con no escaso sentido del humor. Williams, Larsey y Gawns obedecieron instantáneamente. Castle, con la mano en torno a la muñeca dolorida, miró al joven.

—¿Por qué? —preguntó plañideramente.

La terraza se había llenado de hombres de uniforme azul. Uno de ellos avanzó hacia Castle y le puso las esposas.

—Se lo diré con claridad —contestó el joven—: todo lo que dijo

de Willoughby era cierto, pero olvidó mencionar un detalle: él quería abandonar un negocio que sabía que era sucio y tenía la impresión de que le costaría mucho. Por eso le pidió más dinero, esperando que contratase a otro piloto, pero usted hizo que lo asesinasen. ¿Lo entiende ahora?

—¿De qué están hablando? —preguntó Miles, desconcertado.

—Se lo contaré en otro momento, teniente —dijo Donahue—. Ahora ya tiene un buen pedazo de carne para echar en el plato.

—No saldrá de ésta, Castle —aseguró el policía—. Hay testigos que le han visto matar a Leckstein y hablarán para librarse de complicaciones. Castle tenía los ojos llenos de lágrimas y se dejó llevar sin resistencia. Donahue encendió un cigarrillo.

—Iré a verle en otro momento, teniente —manifestó.

—Sí, pero en la próxima avísame con un poco más de tiempo —se quejó Miles.

—Ha llegado con el suficiente, ¿no?

—Leckstein podía estar vivo...

Donahue lanzó una mirada al ensangrentado cuerpo que yacía sobre el pulido suelo de la terraza. Un reguero de color rojo corría hacia la piscina y caía al agua con siniestro goteo.

—Más de un inocente murió y ese abogado colaboró en su muerte —respondió el joven pasados unos instantes. Puso una mano sobre el hombro del policía—. Y no se preocupe, no habrá próxima vez para usted ni para mí. Hombre, no me voy a pasar la vida corriendo con los criminales... —¿Cómo corriendo con los criminales?— se asombró Miles.

—Sí, unas veces delante y otras detrás...

Donahue soltó una corta risita y echó a andar hacia la salida. Miles le contempló unos segundos, se rascó la cabeza con aire de perplejidad y luego se dispuso a realizar los trabajos propios de su oficio. Una hora más tarde, Donahue llegaba al campamento.

Helga estaba aún en la *roulotte*. Sus ojos se iluminaron al verle entrar, sano y salvo.

—¿Cómo ha ido la cosa? —preguntó.

—Bien, ya se acabaron los problemas. Quizá un día te llamen a declarar acerca de aquéllos, libros, pero no habrá riesgos de ninguna clase.

—Creo que hoy podré dormir a gusto —sonrió ella—. Eso espero

yo también. Helga, Cabeza de Oro, ¿quieres firmar un trato conmigo?

Ella le miró recelosamente.

—¿Qué clase de trato, Justin?

—Mujer... Quise decir contrato. O puede llamarlo pacto, si lo prefieres. Esa clase de contratos que atan a un hombre y a una mujer de por vida, para que lo entiendas de una vez.

Helga meditó unos instantes.

—¿Crees que me conviene? —preguntó al cabo—. A mí me parece que sí. De todas formas, podemos probar... y esperar a ver los resultados... dentro de unos cuarenta años.

—Es un plazo muy aceptable —contestó la joven.

Donahue se sentó en el borde de la cama y la abrazó fuertemente.

—Vamos a firmarlo de la manera como se firman esta clase de contratos —dijo.

Helga «firmó» con sus labios de muy buena gana.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.